

EL ZAR DE PRECIOS DE

LUIS ENRIQUE OSORIO

Comedia en tres actos

Estrenada en el Teatro Municipal de Bogotá en julio de 1951, por la Compañía Bogotana de Comedias. Completo cien representaciones consecutivas en septiembre del mismo año.

PERSONAJES:

DON RUDECINDO	Eduardo Osorio Morales
DOÑA PEPA	Carlota Uribe
DOÑA PATROCINIO	Carmen Baños
SILVIA	Beatriz Saavedra
SOLA	Helena Bernal
FÉLIX	Manuel Meléndez
OSCAR	Alvaro Sánchez
VICENTE	Angel Alberto Moreno

ACTO PRIMERO

Salita en una casa modesta al sur de la ciudad. A la derecha del público, ventana embebida. A la izquierda puerta que da al primer patio y al fondo puerta que da al zaguán.

En escena, RUDECINDO y PEPA.

RUDECINDO. – Francamente, ya no resisto.

PEPA. – Sí. De acuerdo, mijito. ¡Ya es irresistible!

RUDECINDO. – . Hay momentos en que me provocaría... no sé cómo explicarme... ¡Desaparecer!

PEPA. – ¡De veras.... ¿Como dormirse uno, no?... Y despertar cuando haya pasado la mala situación,

RUDECINDO. – O en el juicio final, donde no habrá más dueños de casas, ni plazas de mercado, ni colegios de muchachos, ni lavanderías, ni zapatos rotos. ¡Piensa qué alivio. Mándenlos a donde nos mande mi Dios, nudismo y abstinencia por los siglos de los siglos.

PEPA. – (***Sonriendo***). Pero tómate tu cafecito.

RUDECINDO. – Es que no hay día en que los precios no suban como la espuma... Y el sueldo, siempre el mismo. ¿A dónde iremos a parar?... No sé.

PEPA. – Eh, Dios sabrá... El aprieta pero no ahorca... Nos estará probando.

RUDECINDO. – Es tanto lo que está probando a nuestra pobre humanidad, que de pronto le va a saber a feo.

PEPA. – (**Risueña**). ¡Qué Ocurrencia!

RUDECINDO. – (**Probando el café**). ¡Uy!

PEPA. – ¿Qué?... ¿Sin dulce? ...

RUDECINDO. – No... Helado.

PEPA. – ¿Te lo caliente?

RUDECINDO. – No vale la pena, (**un sorbo**). A veces deseo que echen de verdad la bomba de hidrógeno... esa que, según dicen, acabará con el mundo. ¡Qué nos vayamos todos a hacerle cola al Padre Eterno!

PEPA. – Bastante te lo dije: que no nos viniéramos del campo.

RUDECINDO. – Con mirar atrás nada remediamos.

PEPA. – Allá al menos se comía sin angustia.

RUDECINDO. – Ahora ni eso. Siembras, y la cosecha no te da para pagar jornales... Y eso, cuando los mismos jornaleros no se roban la mitad del fruto... O cuando los bandoleros, para respetarte la vida, no te cobran más impuestos que el mismo gobierno.

PEPA. – También es cierto.

RUDECINDO. – ¡El campo!... Ese recurso se acabó. A menos que se resigne uno a vivir como la familia del compadre Serapio, con la pata al aire, todos cogiendo café y comiendo yuca en hoja de plátano... Y las muchachas en la tienda de la carretera, vendiéndoles cerveza a los choferes .

PEPA. – ¡Uy! ¡Ni me hables!

RUDECINDO. – Me doy por bien servido con que la finquita no dé pérdidas... mientras hay quien la compre por cualquier cosa.

PEPA. – ¡Ay, no, qué horror! ¡Nos quedaríamos en la calle!

RUDECINDO. – No habrá más remedio, si queremos ponernos al día. (**Mostrándole el periódico**). Fíjate, fíjate cómo siguen subiendo los precios... El zar de precios autoriza un alza en la panela, otra en la leche, otra en la carne.

PEPA. – ¿Y quién es el zar de precios?

RUDECINDO. – Pues un señor que han nombrado para... para... Para alzar de precios.

PEPA. – ¡Es el colmo!

RUDECINDO. – Lo peor es que con la carestía del mes pasado tampoco se pudo pagar el arriendo, a pesar de los trabajos extras que conseguí... ¡Ya debemos dos meses!

PEPA. – Afortunadamente el dueño no ha vuelto a protestar... ni a cobrar siquiera.

RUDECINDO. – ¿Y crees que eso me tranquiliza? ¿Quedar como un tramposo, yo que nunca le había debido ni quedado mal a nadie?... Si no se hubiera muerto el fiador, me estaría tapando la cara de vergüenza. (**Otro sorbo**).

PEPA. – ¿Te traigo más café?

RUDECINDO. – No. Más bien mi saco de entre casa... (**Busca afanosamente en los bolsillos**).

PEPA. – ¿Qué buscas?...

RUDECINDO. – ¡Caramba! ¿A que se me perdió? Ah, no. Aquí esta.

PEPA. – ¡Más lotería!

RUDECINDO. – Es la única esperanza.

PEPA. – Botadero de plata. ¡Y a estas alturas!

RUDECINDO. – ¡Ah, si esta semana terminara en siete, saldríamos de apuros ¡Entonces sí, a trabajar con fe y dignidad!, como tantos políticos que no las conocen.

PEPA. – ¡Cuidado cómo hablas de política en la oficina! ¡Ahi sí nos quedaríamos en la calle!

RUDECINDO. – Tranquilízate. Por el contrario. Si sabré yo o no, con tres hijos, y a estas alturas, pensar con el estómago... ¡Ayay! (**Se lo frota**).

(**Entra SOLA por la izquierda. Dieciocho años suaves y cordiales con delantal blanco**).

SOLA. – ¿Qué?... ¿Otra vez el dolor de estómago, papacito.

RUDECINDO. – (**Humorístico**). ¿Que dices, Pepa?

PEPA. – (**Sonriente**). Pues... Si la angustia es dolor. . Y creo que sí...

SOLA. – ¿Quieres un calmante?

RUDECINDO. – Un descansito, más bien. Porque como el estómago no fue hecho para pensar el abuso de ese ejercicio va a parar en úlcera.

SOLA. – Ya está la comida, ¿Les sirvo?

PEPA. – Si sería bien, que fueras saliendo de eso.

RUDECINDO. – ¡Pobre mijita! ¡Verla de cocinera, cuando yo la tenía para doctora!

SOLA. – Pues si no hay con qué pagar sirvienta, qué vamos a hacer. Me graduaré aquí en culinaria.

PEPA. – A lo mejor, a como van las cosas, eso le va a servir en la vida más que un título universitario.

RUDECINDO. – Si me saco la lotería, vuelves al colegio, acabas tu bachillerato el año entrante, entras a la universidad... y hacemos la gran fiesta.

SOLA. – Ya está... Pero ahora, vengan al comedor... Aunque sin hacerse ilusiones, porque hay racionamiento... No alcanzó la plata para el diario y tuve que hacer milagros.

RUDECINDO. – Esperemos entonces a que vengan los muchachos. Que empiecen ellos. Yo ni hambre tengo.

SOLA. – Deja, viejo, esa cara de tristeza. No te angusties, que te hace daño.

PEPA. – Eso le digo yo. El día que no haya sino para un plato de mazamorra, tomamos mazamorra, ¿y que?

RUDECINDO. – Yo que soñaba, para morir tranquilo, ver a todas mis muchachas con una carrera. Ya que no podía dejarles plata, siquiera una buena educación.

SOLA. – Con Oscar, aunque tuvieras millones, no lograrías nada.

RUDECINDO. – No pierda la esperanza de que se encarrile. Todos los muchachos tienen su época de holgazanería. ¡Yo mismo la tuve, que caramba!

SOLA. – Debías ponerlo a trabajar, para que te ayude en algo. Aliviaría así un poca la situación.

RUDECINDO. – Lucharé hasta donde pueda para darle un porvenir. Porque si les falta algún día...

SOLA. – No digas eso, papacito.

(Entra de la calle SILVIA, veinte añera avispada, de graciosa desfachatez. Trae uniforme de colegio, pero con coquetería mundana)..

SILVIA. – Viejos... ¡Hola, Papi... Te traigo una pésima noticia: me robaron de nuevo la Historia de Colombia... Tengo que comprar otra.

RUDECINDO. – Pues esta vez, no sé cómo. Quédate sin saber donde estás parada; que no serás la primera.

PEPA. – ¿Y por qué llegaste tan tarde?

SILVIA. – Se varó el bus del colegio, mami... Estuvimos una hora en el parque, esperando que lo compusieran... ¿Pera sabes que es hasta divertido? El otro día, en una varada igual que tuvimos ahí, conocí un señor de lo más simpático. Y hay lo volvimos a encontrar.

PEPA. – ¡Cuidado coma andes en coqueteos con gente extraña!

SILVIA. – ¡Qué coqueteos, mamá! Si es un hombre serio, mucho mayor que yo. Por cierto que venía temblando de llegar tarde, porque quería que lo conocieran y la convidé a tomar el té.

RUDECINDO. – ¿Aquí?

PEPA. – Pero hijita: ¿estás loca?

SOLA. – ¡De remate!

RUDECINDO. – ¡Y sin saber quién es!

SILVIA. – Se llama Félix... ¿Me creerán que no se me ha ocurrido preguntarle el apellido?... Pera tiene que ser de buen apellido.

PEPA. – Sea coma sea. No lo conocemos... Y además, sabes que no podemos atenderlo.

SOLA. – No hay té, ni con qué comprar nada.

PEPA. – Y las tazas y el mantel y la tetera las empeñamos para completar lo del mercado del jueves.

SILVIA. – ¿Qué hacemos?... Las Sarasty nos prestan mantel y vajilla... Y las Urdaneta la mesa rodante y las cucharitas dulceras.

SOLA. – ¿Y qué servimos?... Ni carne se pudo comprar hoy. No hay sino papas y arroz.

SILVIA. – Yo consigo todo fiado en la esquina,

PEPA. – Ya nos mandaron decir que no fiaban más. Y con razón,

SILVIA. – ¿Pero tan pobres estamos, que no se puede ni servir un miserable té?
¿Entonces para qué me obligan a seguir en el colegio?

RUDECINDO. – Al colegio sigues yendo aunque nos muramos de hambre.

SILVIA. – ¿Sin poder siquiera reponer un libro?... Y eso es lo de menos. Piensa que tengo que llevar ante toda una cuota de diez pesos para el cumpleaños de la directora. Las alumnas le vamos a regalar una enciclopedia y una silla de extensión.

PEPA. – ¡Ay, qué rico, no?... Mientras aquí nos vemos en aulagas hasta para comprar el periódico.

SILVIA. – Y ofrecí también diez pesos para la sobáis.

RUDECINDO. – ¿Y qué sobais es esa?

SILVIA. – La Sociedad Bautismal de Indios Salvajes.

RUDECINDO. – No, no, no, no no... Para como dicen que está hoy la pedagogía, dile a la directora de mi parte que se documente de pie, en un almanaque Brístol...

SILVIA. – Papá: ¿cómo se te ocurre?...

RUDECINDO. – Y en cuando a la otra sonatina, que los salvajes esperen en el limbo mientras termina la inflación.

SILVIA. – Pero papito...

RUDECINDO. – Nada, nada... Voy a quejarme al Zar. El prohibió las cuotas en los colegios. ¡Qué logre eso aunque sea!

SILVIA. – Pero papá: ¿no ves que son cuotas voluntarias?... Es iniciativa de las mismas alumnas. Y si no contribuyo, quedo mal, y me toman las profesoras entre ojos...Y a la mejor pierdo el año... Además, si no doy para el bautismo de las salvajes, dicen que soy atea, y es peor.

PEPA. – Deja en paz a ese pobre hambre. Ya tiene bastantes preocupaciones.

SILVIA. – Francamente, si he de quedar por debajo de las demás, no vuelvo al colegio.

RUDECINDO. – Bueno, bueno. Hagamos cuentas. Son diez de la cuelga, dos de los salvajes. Diez y dos, doce... ¿Cuanto para el té, Solita?

SOLA. – Por lo menos cinco.

RUDECINDO. – Doce y cinco, diecisiete... Tampoco hay para el diario de mañana. Voy a tener que vender otro sueldo. . En tanto... (**Reflexiona**). Ve a la empañaduría, Pepa, a ver cuánto nos dan por mi reloj... No hay más remedio.

PEPA. – (**A SILVIA**). Fíjate, desconsiderada. Su reloj, que es lo que más quiere.

SOLA. – ¡No! ¡Tu reloj no, papacito!

RUDECINDO. – ¡Cuando he de ser tan de malas que lo pierda! Al fin y al cabo, la muchacha tiene razón. Mientras esté en el colegio, no debe quedarse atrás de las otras. (**Se quita la leontina, a cuyo extremo hay un reloj de oro con tapa**). Sigamos soltando lastre... hasta donde no se pueda ya más... Ojala Oscar tuviera el juicio de Silvia, que va de primera en casi todas las materias.

PEPA. – Eso sí es cierto.

SILVIA. – ¡Siquiera lo reconocen!

RUDECINDO. –Era el reloj de mi padre... Y él lo heredó de mi abuelo... Tres generaciones han arrimado el oído, cuando niñas, para oír el tiquiti y la campanita que da las horas...

SILVIA. – Pero esos relojes ya no se usan. Podías venderlo y comprar uno de pulsera.

RUDECINDO. – Hay muchas cosas que pasan de moda, y sin embargo se las quisiera perpetuar... Yo soñaba con un hogar que marchara como el de mis padres y mis abuelos, donde se vivía con estrechez, pero sin angustia... Sonaban las horas con la alegría de esta campanita... Esta leontina, en el pecho de mi viejo, era como una afirmación de la vida y de la familia... Será tuyo cuando me muera, me decía siempre... (**Se lo entrega**). Ve, pues, Pepa.

PEPA. – ¡Ay, no me atrevo.... ¡Me da tanto dolor!

RUDECINDO. – A mí también; pero... Ya oíste a Silvia... Tal vez ya no haya quien lo herede con tanta veneración como yo... (**Autoritario**). Ve, mijita, he dicho... Saca lo más que puedas.

PEPA. – (**Limpiándose una lágrima**). Será, pues.

SOLA. – (**Se limpia otra lágrima y abraza a RUDECINDO**). Papapacito...

SILVIA. – De una vez trae lo del té, mamá, por favor... No vayas a hacerme lo del otro día, que lo sirvieron solo con pandeyuca.

(**Sale PEPA por el fondo, cruzándose con OSCAR, que entra de la calle con camisa de sport y cachucha de futbolista**).

OSCAR. – ¿Te vas, mami?

PEPA. – (**Fuera**). Ya vengo.

OSCAR. – ¡Mi comida.... ¡Mi comidaaa, Sola!

RUDECINDO. – Saluda primero.

OSCAR. – ¿Qué hay, viejo?

RUDECINDO. – ¿Por dónde andabas?... No fuiste al colegio.

OSCAR. – Entrenándome.

RUDECINDO. – ¿Entrenándote en que?

OSCAR. – En fútbol.

RUDECINDO. – Es decir: callejeando, vagabundeando.

OSCAR. – Eso crees tú...Aprendiendo a driblar en el área de candela (**Golpea con el pie el de SILVIA**).

SILVIA. – No seas brusco.

RUDECINDO. – ¿De manera que definitivamente no vuelves al colegio?

ÓSCAR. – ¿Y yo a qué?

RUDECINDO. – ¿Y qué vas a hacer en la vida, sin saber ni siquiera escribir bien, ni hacer una cuenta?

ÓSCAR. – Quiero entrar a un equipo... Para eso no necesito pluma fuente, ni tabla de multiplicar... Sino buenas piernas y puntería.

RUDECINDO. – ¿Y crees que eso es un porvenir?

OSCAR. – Papá; estoy muerto de hambre y no tengo ganas de discutir ahora. , .
¿Qué hubo de la comida?

RUDECINDO. – ¡Insolente!

SOLA. – No te exaltes, papá, que se te sube la tensión.

RUDECINDO. – Desde hoy se acaba la callejeadera. Si no estudias, buscas oficio.

OSCAR. – ¿Y qué es lo que estoy haciendo?

RUDECINDO. – Y si no lo consigues, buscas quien te mantenga.

OSCAR. – Está bien...

RUDECINDO. – ¡Sinvergüenza!...

SOLA. – Ven, papá. Ven a comer. ¿Para qué te enervas?

(SOLA sale por la izquierda, llevándose a RUDECINDO).

OSCAR. – ¡Caramba con el genio que se trae el viejo!..

SILVIA. – ¿Y qué hubo de Félix?

OSCAR. – Ya viene. Me dejó en la puerta y se fue a poner gasolina. Quiere que vayamos hasta Chía, por la autopista.

SILVIA. – Andabas con él?

OSCAR. – Me llevó y me trajo en el carro. Y de ribete se dejó dar un sablazo de a veinte.

SILVIA. – Muy mal hecho. Se va a formar mala idea de nosotros.

OSCAR. – ¡Si no se los pedí! Como me acompañó al entrenamiento, le pregunté se iba a partido el domingo, y dijo que no. Le conteste que yo tampoco, porque andaba limpio., y fue sacando la cartera. De lo más rasgao el pisco, ala.

SILVIA. – Dame entonces algo para el té.

OSCAR. – ¿Y me quedo sin partido?... ¡Orita!

SILVIA. – Si no me los das, cuento de donde los sacaste.

OSCAR. – Y yo cuento que no te vienes del colegio en el bus, y que te vas al parque con él.

SILVIA. – y yo cuento que la máquina de escribir no se la llevó la sirvienta que se fue...

OSCAR. – Hazlo, y te fauleo.

(Entra PEPA por el fondo).

PEPA. – Bueno: ya esta... A Dios gracias, rogando y alegando conseguí treinta pesos.

OSCAR. – Ay, vieja. Préstame diez, que estoy en la lata.

PEPA – No faltaba más... Llévale más bien a tu papá este papel, que le traen para

que firme... Dile que están esperándolo... ¿Pero ni a eso te acomides?

OSCAR. (**Jugando con el papel**). Saque de banda... Disparo de cabeza... Paso la línea medular... Directo a la portería...

PEPA. – ¡Te repito que están esperando!

SILVIA. – Dámelo, se lo llevo yo. (**Lo agarra en el aire**).

OSCAR. – Con las manos no es permitido... ¡Falta! (**Silva**).

(**Entra RUDECINDO por la izquierda**).

RUDECINDO. – ¿Qué es? ... ¿Qué es?

PEPA. – Que te traen ese papel, para que firmes.

RUDECINDO. – (**Leyendo**). ¡Qué horror!

PEPA. – ¿Mala noticia?

RUDECINDO. – La peor.

PEPA. – ¿Qué?

SILVIA. – ¿Qué, papacito?

OSCAR. – (**Sentándose**). ¿Y para qué leen malas noticias?

RUDECINDO. – Nada menos que... lo que yo temía... ¡El desahucio!

PEPA. – ¿Y eso qué quiere decir?

RUDECINDO. – Que nos echan de aquí.

PEPA. – ¡Ay, Dios!

SILVIA. – ¿Y por qué?

RUDECINDO. – Ya te había dicho, que me alarmaba tanto silencio... Tenemos que desocupar antes de ocho días.

OSCAR. – No desocupamos. ¿Y qué?

RUDECINDO. – ¿Y qué? Pues que si no estamos fuera el próximo sábado a las nueve de la mañana, nos echan los trastos a la calle.

PEPA. – ¿Cómo es posible? ¿Cómo van a cometer ese atropello.

SILVIA. – Pidámosle auxilio a la policía. Hay un teniente que es muy gentil conmigo.

RUDECINDO. – ¡Si es la policía misma la que vendrá!

PEPA. – Pero... ¿Qué delito hemos cometido?,

RUDECINDO. – El de no pagar.

OSCAR. – ¿Y eso acaso es delito?

PEPA. – ¿Qué hacemos.... Dios mío? ¡Virgen de las Angustias.

SILVIA. – ¡Y lo peor es que habían de escoger las nueve de la mañana! ¡La hora a que pasa el bus del colegio! Voy a quedar lucida.

PEPA. – ¿Y no hay ley que nos defienda?... ¿No comprenden que no es culpa nuestra?

RUDECINDO. – En este caso por desgracia es la misma ley la que está contra nosotros.

PEPA. – Entonces, ¿la ley no tiene corazón?

RUDECINDO. – A veces demasiado, y a veces ninguna. Según de quien se trate,

OSCAR. – No firmes, papá. Decimos que no estás aquí.

PEPA. – De tonta, dije que sí estaba.

RUDECINDO. – ¿Para qué seguir en capilla unos días más? (**firma**). Lleva eso, Oscar... Di que está bien.

OSCAR. – ¡Lo voy a mandar a perderse en lo profundo del estadio!

(**Sale OSCAR por el fondo**).

PEPA. – (**Rompe a llorar**).

(**Entra SOLA por la izquierda**).

RUDECINDO. – Con lágrimas nada se remedia, mijita.

SOLA. – ¿Qué pasa, mamá?

RUDECINDO. – Que nos echan de aquí.

SOLA. – ¿Y qué hacemos?

RUDECINDO. – Francamente, no sé. Siento un caos en la cabeza.

SILVIA. – ¡Pero resuelvan algo!

PEPA. – ¿Para qué luchar contra la corriente? Volvamos a la finquita, a vivir de lo que buenamente podamos sacarle.

SOLA. – Soy de esa opinión.

SILVIA. – ¿Yo enterrarme en el campo? ¡Ni sueñen!

(**Regresa OSCAR por el fondo**).

OSCAR. – Ya está... Se lo devolví en chilena y le di con el guardavalla en la cara.

RUDECINDO. – ¡Mal hecho!

PEPA. – Sí. Lo mejor es renunciar a Bogotá, y vivir tranquilos.

RUDECINDO. – No sería mucha la tranquilidad. . ¿Iríamos a vivir de qué? Aquí al menos tengo el puestecito.

PEPA. – Mientras no te lo quiten.

RUDECINDO. – Y allá, aunque nos dejaran tranquilos los bandoleros, ¿con qué pagaríamos jornales?... ¿Con qué vamos siquiera a movilizar estos muebles?... ¿Y quién es, en último caso, el que va a echar azadón y a llevar el burro al mercado?

OSCAR. – No seré yo.

SILVIA. – Ni yo.

SOLA. – ¡Pero hay que hacer algo! ¿Cómo vamos a dejar toda la carga sobre papá?

SILVIA. – Nos quedamos en Bogotá, sea como sea. No sé cómo, pero nos quedamos.

RUDECINDO. – Es fácil de decir. (**Golpean**).

PEPA. – Y golpean otra vez. ¿Ahora qué? ¿Irán a fusilarnos?

SILVIA. – Debe ser Félix (**a la ventana**). Sí, es Félix. , . ¡Ay, mamá: ¡lo del té!

PEPA. – ¡Estaré yo en estos momentos para servir té!

SILVIA. – ¿Y qué hago, si lo invité?

RUDECINDO. – ¡Eres el ser más desconsiderado!

PEPA. – ¡Son inconscientes!

SOLA. – Y no han comido todavía. Vengan, por favor. No hagan gastar más carbón, que se está acabando.

SILVIA. – Ábrele tú. Oscar.

OSCAR. – ¡Ah, sí! Ella de centro forward y yo en la portería!... ¡Y sin comer!

RUDECINDO. – A mí lo único que se me ocurre por el momento es venderlo todo.

PEPA. – Habrá que hacerlo.

SOLA. – Ven Silvia... Ven a comer.

SILVIA. – Yo como después del té. Tengo que atender la visita.

(Salen RUDECINDO, PEPA Y SOLA por la izquierda. FELIX entra por el fondo, mirando todo con extrañeza. Es un cuarentón bien vestido. OSCAR cruza la escena por el zaguán, bostezando).

FELIX. – Encantado, Silvia.

SILVIA. – Lo estaba esperando.

FELIX. – Que agradable su casa... ¿Y es propia.?

SILVIA. – Pues... propiamente, no... Es de un pariente, Papá se la tomó por hacerle el favor; porque no nos gusta el sur.

FELIX. – Sí. Es mejor el norte... Dicen que las ciudades progresan al norte. Y es auténtico... ¡Cómo no!

SILVIA. –... Pero vamos a irnos para el norte.

FELIX. – ¿Ah, sí? ... Muy bien pensado.

SILVIA. – Si. La semana entrante... ¿Usted vive en el norte?

FELIX. – ¡Cómo no! ¡En El Chicó!

SILVIA. – Ah, sí. En el barrio de la gente más rica... Y usted debe ser riquísimo; porque para tener un automóvil tan lindo...

FELIX. – (**Risueño**). Está a sus órdenes.

SILVIA. – ¿Me lo presta cuando lo necesite?

FELIX. – ¡Cómo no!

SILVIA. – Ay, a mí me encantaría tener un marido así como usted: con una bella residencia, con automóvil de último modelo y con bastante plata para no estar saltando matones...

FELIX. – ¿Y con veinte años, por añadidura?...

SILVIA. – Ay, no. Con una edad como la suya. Supiera que detesto a los cocacolos...

FELIX. – En cuanto me concierne... Gracias, Silvia.

SILVIA. – Además, los muchachos de ahora no tienen juicio. No piensan sino en divertirse. En cambio los hombres hechos y derechos trabajan con seriedad, ganan bastante plata... Aunque usted... vivirá de su renta, ¿no es cierto?

FELIX. – De mi trabajo.

SILVIA. – ¿Y en qué trabaja?... Cuénteme, cuénteme. ¿Delicioso poder trabajar, no?

FELIX. – Pues... Tengo mi oficina, no?

SILVIA. – ¿Y no dicen luego que el zar de precios no deja trabajar a nadie?

FELIX. – Esos son cuentos... El zar de precios es un gran invento. Quienes lo comprenden lo besarían en la mejilla, como al de Rusia, y lo llamarían tiernamente "El padrecito criollo".

SILVIA. – Primera noticia. ¿Y es amigo suyo?

FELIX. – No lo conozco personalmente, ni el sabrá que yo existo; pero sin zar de precios, yo no tendría oficina.

SILVIA. – ¿Y qué hace usted en su oficina?... Cuénteme, que yo le guardo el secreto.

FELIX. – Pues... ¡tantas cosas!... En síntesis,... intervengo.

SILVIA. – ¿Interviene en qué?

FELIX. – En todo lo que puedo... El mundo, Silvia, no se divide ya en exploradores y explotados, sino en interventores e intervenidos. El secreto de la política, como el de los negocios, está en intervenir a tiempo... ¡Cómo no!... En ese sentido, mi oficina presta toda clase de servicios nacionales e internacionales.

SILVIA. – A propósito: ¿cómo está el servicio, no? ... Aquí la lucha no es tanto con

la mala situación, como con el servicio.... Hasta vergüenza tengo con usted. Le va a tocar un té pobrísimo. Figúrese que a las dos sirvientas les dio por irse a pasear al tiempo, porque la una tiene P.M. Y la otra CTC... Me va a perdonar por lo tanto que...

FELIX. – ¿pero qué necesidad hay de que se moleste?.... Podemos ir a tomar el té a otra parte.

SILVIA. – ¿A otra parte? ¡Genial! Voy a pedir permiso... (*Hacia la izquierda*). Oscar: dile a mamá que ya no tomamos el té aquí, sino fuera. Y pregúntale quién me acompaña... (*A FELIX*). ¿A dónde vamos?

FELIX. – A donde usted quiera... ¡Como no!

SILVIA. – A donde haya música... y podamos bailar.

FELIX. – ¡Cómo no!

SILVIA. – Voy a cambiarme, entonces.

FELIX. – Así está muy bien.

SILVIA. – ¿En uniforme?... Van a creer que usted es mi papá,

FÉLIX. – Acepto el honor...

(*Entra OSCAR por la izquierda*).

OSCAR. – Yo los acompaño.

FELIX. – ¡Estupendo!... ¡Cómo no! (*Va a la ventana*).

OSCAR. – (*Al oído de SILVIA*). Allá completamos...

SILVIA. – Sh... Entonces.... Solita: préstame tu abrigo de tarde, que el mío está en la lavandería... (*Golpean*). ¡Uy! ¡Visita... Di que no estamos.

OSCAR. – (*Mira, por la ventana*). Es Vicentico. (*Corre a abrirle*).

FELIX. – ¡Aja! ¿Admirador suyo? ...

SILVIA. – No. El novio de mi hermana... (*A la izquierda*). Sola: apúrale, con el abrigo, y trae también el biberón,

(*Entra VICENTICO, un chico veinte añero entre tímido e impulsivo*).

FELIX. – ¿Muy joven, no?

SILVIA. – Sí. Ella es mi polo opuesto. Nació para niñera.

VICENTE. – Muy buenas tardes.

SILVIA. – ¿Qué hubo, Vicentico? ...

VICENTE. – Señor...

SILVIA. – Es mi amigo el señor Félix... ¿Félix qué? ... ¡Parece mentira! Tan amigos como somos ya, y no he logrado aprenderme su apellido.

FELIX. – Rutchi... Félix C. Rutchi, a la orden.

(Entra SOLA por la izquierda con el abrigo).

SILVIA. – Sólita: Don Félix C. Rutchi, mi amigo... Mi hermana.

SOLA. – ¡Tanto gusto!

FELIX. – ¡Tanto honor!

SOLA. – **(A VICENTE)**. ¡Hola!...

VICENTE. – ¡Hola!...

SILVIA. – **(Al oído de SOLA)**. Te salvé...

FELIX. – ¿No nos acompañan? ...

SOLA. – Gracias... Que se diviertan.

SILVIA. – Imagínense: lo convidé a tomar el té, y es él el que nos lo quiere dar a todos. ¡Es una joya!...

(OSCAR se asoma al fondo).

OSCAR. – Apúrenle.

SILVIA. – Sí. . Vamos. Félix, antes de que mamá se arrepienta. **(Lo toma por el brazo y lo saca a toda prisa por el fondo)**.

FELIX. – Pero déjeme despedir. , . Hasta luego...

SOLA. – Tenga cuidado, que ella es loca. , .

(Desaparecen por le fondo SILVIA, FELIX y OSCAR).

VICENTE. . – **(A la ventana)**. ¡Lindo carro.... ¿Quién es?

SOLA. – Yo misma no sé... Excentricidades de Silvia.

VICENTE. – (***Mirando en contorno***). Y hoy... ¿no nos cuidan?

SOLA. – (***Picaresca***). Parece que no. Papá se siente mal y mamá lo está acompañando.

VICENTE. – (***Yendo a ella con ánimo de besarla***). Solita...

SOLA. – ¡Pero juicio!... ¡juicio!...

VICENTE. – Traigo una tristeza horrible.

SOLA. – ¿Qué te pasa?

VICENTE. – Le hablé a papá.

SOLA. – Te dije que no lo hicieras. .

VICENTE. – Pero yo quería hablarle.

SOLA. – ¿Qué le dijiste?

VICENTE. – Que no podía vivir sin ti... Que estaba resuelto a casarme.

SOLA. – Pero si sabes que es imposible ahora. De seguro le diste un disgusto.

VICENTE. – No. Lo tomó a broma... y decidió que hiciera yo un viaje. ¡Imagínate!

SOLA. – ¿A dónde?

VICENTE. – Quiere que pase un año en Nueva York, estudiando inglés.

SOLA. – Para mí es duro; pero me parece bien pensado.

VICENTE. – Pero yo no tengo valor para separarme de ti. Así se lo dije, y me contestó que entonces no contra con él para nada.

SOLA. – ¡Claro!

VICENTE. – Vengo a hacerte una propuesta: ¡Casémonos ya!

SOLA. – Pero... ¿Cómo?

VICENTE. – Sin permiso. Una vez casados, o me dejan aquí, o me mandan contigo... ¿Qué dices?

SOLA. – ¿Qué he de decir?... ¡Que sería una locura!

VICENTE. – No me quieres entonces tanto como yo a ti.

SOLA. – Te quiero más. Te quiero tanto, que no deseo ver mi cariño envuelto en desconfianzas, ni en desacuerdos de familia, ni en trancas difíciles.

VICENTE. – Todos acabarán por ceder,

SOLA. – Si tu papá quiere alejarte de mí, es porque no aprueba nuestro noviazgo.

VICENTE. – ¿Qué me importa que no lo apruebe?

SOLA. – Voy a darte un consejo sincero, Vicentico. Obedece. Haz ese viaje.

VICENTE. – No tengo valor.

SOLA. – Haz un esfuerzo de voluntad.

VICENTE. – Sería perderte.

SOLA. – Yo te espero. Puedes irte seguro de que al regreso aquí me encuentras... pensando en ti...

VICENTE. – ¡No puedo, Solita! ¡No puedo!

SOLA. – Ni yo podría dejar a los míos intempestivamente... Atolondradamente.

VICENTE. – No los dejarías; porque me vengo a vivir aquí.

SOLA. – (**Aterrada**). ¿Aquí?

VICENTE. – Mientras consigo ocupación; mientras...

SOLA. – No es posible. Además, te hablo con franqueza: soy muy orgullosa. Por mucho que te quiero, no me casaría contigo sino en el caso de que tu familia me recibiera con los brazos abiertos. No aspiro a que me consideren oportunista, ni a conseguir marido de limosna.

(**Suena el golpeador**).

VINCENTE. – Lo que pasa es que no me quieres tanto como para arriesgarte.

SOLA. – ¡Qué mal me comprendes!

(**Pasa PEPA por el fondo**).

PEPA. – ¿Golpearon, hija?

SOLA. – Creo que sí.

VICENTE. – Sola: o te casas conmigo ya, o...

SOLA. – ¿O qué?

VICENTE. – ¡O no vuelvo!

SOLA. – (***Volviéndose de espaldas, algo afligida***). Como quieras.

VICENTE. – (***Suplicante***). Sola... Solita... ¡No seas cruel!

SOLA. – El cruel eres tú...

(***Aparece al fondo, conducida por PEPA, DOÑA PATROCINIO una dama opulenta, locuaz, enervada y enervante***).

PEPA. – Mijita... Pregunta por ti esta señora... Siga usted, señora...

PATROCINIO. – (***Avanzando muy resuelta***). Gracias... Gracias...

(***PEPA desaparece por el fondo***).

PATROCINIO. – (***A VICENTE***). ¡Ah, me alegro, me alegro de que estés acá, como lo sospeché!

SOLA. – (***Cohibida***). Señora...

PATROCINIO. – ¡Soy la madre de Vicente!

SOLA. – ¡Ah!...

PATROCINIO. – Hubiera querido hablar a solas con usted, y a eso vine... Pero mejor que Vicente esté aquí. Al papá le gustan las cosas a medias. Yo en cambio soy muy franca. De otro modo de ser.

SOLA. – Pero siéntese usted, señora .

PATROCINIO. – Para lo que tenemos que hablar.... porque también soy concisa... ¡Contundente! ¡Rotunda!... En fin, sí. Me siento. Gracias, (***Cae disparada sobre una silla y se yergue***).

VICENTE. – Te advierto, mamá, que aunque tú te opongas...

PATROCINIO. –Tú no me adviertes nada. Absolutamente nada. ¡Nada, nada, nada! ¡No faltaba más!

VICENTE. – Pero es que yo...

PATROCINIO. – No he venido a pedirte opinión, sino a hablar claramente con esta señorita... Tampoco vengo en son de guerra. En todo caso, sino de paz... De paz

absoluta... Vicente dice que está empeñado en casarse con usted.

VICENTE. – Así es, mamá.

SOLA. – Precisamente le decía yo ahora que...

PATROCINIO. – (**Exaltada**). ¿Pero concibe usted, señorita, una barbaridad mayor? ¿En qué cabeza cabe semejante absurdo? ¡Casarse él! ¿Está pensando que eso es como montar en carrusel? ¡Casarse a la loca, sin saber ni cómo, ni con qué, ni con quién!...

SOLA. – Usted perdonará...

PATROCINIO. – ¡Casarse sin sentido común! ¡Y a como está la vida! ¡Un muchacho que no sabe hacer nada, y que si no le dan lo que necesita se muere de hambre!

VICENTE. – ¿Y por qué no he de poder trabajar?

PATROCINIO. – ¡Trabajar! ¿Lo oye usted? ¡Trabajar! Aunque fueras capaz de eso, porque estoy segura de que no, ¿en qué vas a trabajar? Y además... ¿qué sacarías con trabajar? ¿No se han dado cuenta de que la vida está imposible? No es el momento para que nadie se case, y menos tú. Este muchacho lo que necesita es que lo controlen, que lo controlen de día y de noche, porque no se le ocurren sino barbaridades. (**A SOLA**). ¿No opina usted conmigo?

SOLA. – Pues...

PATROCINIO. – (**A VICENTE**). ¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡Me encanta! Se ve que usted es persona inteligente. Parece mentira que, no perteneciendo a una familia como la nuestra, tenga más criterio que esta muchacha. ¡Me encanta, me encanta! Fíjate que es ella quien me da la razón, fíjate. ¡Claro, es que cómo van a hacer semejante absurdo!! No es solo la cuestión de posición social, sino que hay que ver el precio a que están los víveres. Hasta las gallinas han dejado de poner, porque no hay forma de alimentarlas; y en tanto este loco pensando nada menos que en casarse. ¡En casarse!

SOLA. – Abreviemos, señora. Permítame decirle que...

PATROCINIO. – Ya sé lo que usted va a decirme... Ya sé. Que tengo razón. ¿No es cierto? ¡Claro! ¿No he de tenerla? Para eso que, no sé por qué, a medida que aumentan los precios, aumentan los hijos en todos los matrimonios...

SOLA. – En cuanto a mí, señora, ni siquiera he pensado en eso.

PATROCINIO. – ¿Lo oyes? ¿Lo oyes, terco? ¿Te fijas cómo la señorita no solo te da ejemplo, sino que te pone en ridículo? ¡Vergüenza debía darte! Piense usted que el papá ha resuelto mandarlo a Estados Unidos, ¿Qué más quiere? ... Y el dice que no se va, y que no se va y que no se va. . Ay, aconséjemelo,

convénzalo... Ustedes están apenas en la edad de aconsejarse, y estudiarse, y convencerse de que son de apellidos muy distintos. Pero ¿casarse? No, no, no no, no, no, no... Ya que se habla tanto de control, y que todo lo están controlando, debían nombrar un zar especial para esto, para controlar estos tontos... Y me voy... Nos vamos... Camina conmigo, Vicente, que tu papá te necesita. (**Se levanta**).

SOLA. – He tenido mucho gusto, señora, de:....

PATROCINIO. – ¡Vicente, no me hagas enfurecer! ¡Vamos para la casa! Ya puedes ver que la señorita, aunque inferior a ti, no te toma en serio. Sabe que no eres más que un baboso metido a grande. ¿No es cierto? No es más que eso... Ella tampoco querrá casarse contigo y verse arrimada, viviendo de limosna en mi casa... Porque lo que es plata, ni lo sueñen. Si ustedes se casan, no cuenten con nosotros para nada, nada, nada, nada nada.... ¡Como se lo digo! Ni creo que los padres de usted, señorita, que ya sé que son pobrísimos, quieren aceptar a estas alturas una boca más... y lo que viniera...

SOLA. – Estamos muy orgullosos de nuestra pobreza, señora.

PATROCINIO. Pero con orgullo no se come, no se come y no se come.... Me voy, pues, ahora sí... Vamos, Vicente...

VICENTE. – Déjame otro trcito aquí, mamá.

PATROCINIO ¿No le digo?.... Para testarudo este hijo mío. ¡No le pinto a usted todo lo que me hace sufrir! Y si eso es con la madre, ¿cómo será con la mujer? ... Quédate, pues; pero vienes temprano. Ya verás cómo la señorita me halla en todo la razón. " . Me voy, pues... Tendremos oportunidad de hablar más despacio sobre todos estos asuntos. ¡Ave María Purísima!... Y créame usted que, en todo caso, no he venido a pelear... No, no, no no... Es simplemente que, soy muy franca... Que las cosas deben ser como deben ser... ¿No estamos de acuerdo?

SOLA. – Posiblemente.

PATROCINIO. – Patrocinio Verbo de Gracia... En el Barrio Camacho a sus órdenes. Vienes temprano, Vicente. No me hagas regresar a buscarte... Te dejo, pero con esa condición... (**A SOLA**). ¡Y convénzalo, convénzalo, convénzalo!

SOLA. – Lo haré.

PATROCINIO. – Por el bien de él mismo... Hasta luego entonces... Hasta luego... ¡Vicente, ya lo sabes!...

(**Sale PATROCINIO por el fondo**).

SOLA. – ¿Salió ya?

VICENTE. – (**A la ventana**). Sí.

SOLA. – ¡qué alivio!

VICENTE. – No le hagas caso. Cambia fácilmente de idea,

SOLA- Peor por ahí. Tendrá más de qué hablar,

VICENTE. – Sólita...

SOLA. – Vete con ella, es mejor. Vete de una vez.

VICENTE. – Pero si yo...

SOLA. Que te vayas, he dicho. ¡No quiero que estés aquí un momento más... ¡Ni oír más a esa señora en mi vida!

VICENTE. – Déjame explicarte, Solita...

SOLA. – Ahora sí veo que somos incompatibles, Vicente. Ni tú debes tener suegros tan pobres, ni yo una suegra tan ridícula.

VICENTE. – Tampoco hables así de mamá...

SOLA. – Que no vuelva ella tampoco aquí a insultarnos.

VICENTE. – ¡Pero si no te insultó!

SOLA. – ¡Ah, no.... Mira: es mejor que no discutamos.

VICENTE . – Queriéndonos, ¿qué importa la opinión de los demás?

SOLA. – Es que... Acabo de descubrir que ya no te quiero... Y que me fastidia verte aquí... ¡Vete, o te hago echar de papá!

VICENTE. – ¿Pero qué culpa tengo yo de que?

SOLA. – Poco me importa que paguen justos por pecadores... ¡Lárgate, Vicente, o no respondo de mí.

VICENTE. – Está bien... Me voy... (**Al fondo**). Pero...

SOLA. – ¡Y que no se te ocurra volver a poner los pies en esta casa!

VICENTE. – Está bien...

(**Sale VICENTE desconcertado, por el fondo**).

SOLA. – (**Rompe a llorar**).

(Entra PEPA por la izquierda).

PEPA. – ¿Qué pasó, mijita?

SOLA. – Nada que valga la pena, mamá,

PEPA. – ¿Quién es esa señora?

SOLA. – La mamá de Vicente.

PEPA. – No me dijo nada... ¿Y a qué vino?

SOLA. – A llevárselo.

PEPA. – Me alegro... porque te necesito. Tu papá se ha puesto mal.

SOLA. – ¿Qué tiene?

PEPA. – Bastante fiebre, ¡Siento una angustia!.... Porque lo está matando la preocupación, ¡Tanto luchar para su familia, y que se le venga así el mundo encima!

SOLA—Voy a acompañarlo.

PEPA. – ¿Y por qué lloras?... ¿También hubo pelea con el novio?

SOLA. – Algo más... (**Entre risa y llanto**). Comprendí que no tenía derecho a pensar ahora en amores... Y lo desahucie, mamá... Lo desahucié, de una vez por todas... (**Aumenta la risa, ahogando el llanto**). ¿No te parece bien?

PEPA. – (**Limpiándole las lágrimas**). ¡Pobrecita hija!

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

SOLA, en el zaguán, habla con una señora que se supone va camino de la calle.

SOLA. – Que esté bien, señora. A sus órdenes.

VOZ. – (**Fuera**). Pues yo, con lo que me quedaría, sería con los muebles del comedor... Pero como le dije.

SOLA. – Le repito, señora, que están vendidos .

VOZ. – ¿Y esas sillas de la sala, no me las deja en cien pesos?

SOLA. – ¿En cien? ... ¿Todas?.... ¡Sí una sola vale más que eso!

VOZ. – ¿Ni en ciento veinte?

SOLA—No, señora.

VOZ. – Entonces... será hasta luego, ¿no?

SOLA. – (**Ceremoniosa**). Que esté bien, señora.

VOZ. – Ya le digo... Hasta ciento cincuenta... De ahí no paso ni un centavo... Si se resuelve, me avisa por teléfono.... Ahí le dejé el número.

SOLA. – ¡Cómo no!

VOZ. – Entonces... Piénselo, no?

(**Entra PEPA con un canasto y una cesta, de la calle**).

PEPA. – (**Hacia la calle**). Que esté bien, señora... (**A SOLA**). ¿Qué hubo, mijita? ¿Vendiste algo más?

SOLA. – Nada. Lo quieren todo regalado.

PEPA. – Será que dejas notar la necesidad.

SOLA- Siempre digo que estamos de viaje para Norteamérica, y que no corre prisa.

PEPA. – ¡Y mira que corre! Quedan solo tres días para el desahucio. ¿Qué vamos a hacer, por Dios?... Gracias a que, con lo del comedor, nos hemos solventado un poco... Pero ya se está acabando.. Habrá que rebanar más.

SOLA. – Luego, estoy rendida de mostrarlo todo y aburrida de que se metan hasta el último rincón de la casa... ¿Y sabes? Las dos mujeres que vinieron por la mañana eran rateras. Me cegaron y se robaron un traje de Silvia.

PEPA. – ¡Uy, por Dios! ¿Y ahora quién la aguanta?

(**Maúlla un GATO en la cesta**).

SOLA. – ¿Y esto qué es?

PEPA. – Esa es otra... ¡Ay, Dios mío!... Yo estoy loca.... ¡Un gato!

SOLA. – ¿Para qué?

PEPA. – No pude resistir a la tentación de comprarlo. ¿Será mal hecho?

SOLA. – Pero mamá: ¡Una boca más a estas alturas!

PEPA. – Desde hace diez años estoy con el deseo de un gato. Siempre procuraba ahorrar para esto, aunque fueran centavos; y al primer apuro, me quedaba sin nada otra vez... Y el gato seguía dándome vueltas en la cabeza. Trataba de olvidar, y pasaba un ratón... Y volvía el capricho... Y ahora, cuando voy para la plaza, me lo ofrecen casi regalado y sin cola. ¡Perdí el sentido!

SOLA. – ¿Cuánto te costó?

PEPA. – Tres pesos nada más, figúrate. Menos de lo que se ha gastado en trampas y veneno, sin que hubiéramos podido acabar con los ratones...

SOLA. – ¿Y ya que importan, si nos vamos de aquí?

PEPA. – Pensé además que hoy era viernes, y que yo no como carne, ni tú tampoco... ¡Ay, guárdame el secreto! Como Oscar sospeche que para comprarlo hubo economías en el mercado, nos hace escándalo.

SOLA. – Decimos que te lo regalaron... En todo caso hiciste bien...

PEPA. – ¿Crees tú?

SOLA. – -Algún día habías de darte gusto en algo... Además, comiendo ratones sin control y sin cola, va a estar mejor que todos nosotros...

(Entra OSCAR por la izquierda).

OSCAR. – Mamá: mi desayuno.

PEPA. – Allá está servido hace dos horas,

OSCAR. – ¿Frío?

SOLA. – No podemos tener la estufa prendida hasta que usted se levante,

OSCAR. – Échenselo a los perros entonces. Caramba, parece que uno estuviera aquí de limosna.

PEPA. – Pero mijito: ¿no te das cuenta de las angustias en que vivimos, y del precio del carbón?

SOLA. – Y ayer autorizó el zar una nueva alza.

PEPA. – Y eso, si lo despachan.

SOLA. – Además, mientras papá anda desesperado por la calle, sin saber cómo salir de apuros, ¡usted durmiendo!

OSCAR. – También trabajo, a mi manera, ¿No me estoy entrenando? ¿No pedí puesto en un equipo?... Pero muerto de hambre, ¿cómo puedo jugar?

PEPA. – Voy a calentarte eso como pueda.

(Sale PEPA por la izquierda).

OSCAR. – ¿Cuanto apostamos a que el primero que sale aquí de apuros soy yo?... ¡Entonces sí! Cuando vean que estoy al otro lado, todo el mundo atendiéndome, para ver qué me sacan.

SOLA. – Por mi parte, no espero ni el saludo.

OSCAR. – Me hubieras visto ayer, primor, en el entrenamiento, Sudé la camiseta, pero a lo crack, y les hice un verdadero balet azul... ¡Pero con qué garra! **(juega con la cesta del GATO).**

EL GATO. – Miauuu... Miauuu...

SOLA. – ¡Cuidado, hombre!

OSCAR. – ¿y esto qué es?

(Entra PEPA por la izquierda).

PEPA. – Ya está servido... ¡Cuidado con el gato!

OSCAR. – ¿Compraron gato?

SOLA.. – -Nos lo regalaron.

OSCAR. – Lo están matando a uno de hambre y traen más comensales... Está bueno para un score dribleado **(juega con la canasta).**

EL GATO. – Miauuu... Miauuu...

PEPA. – ¡Que lo matas!

SOLA. – No seas cruel...

OSCAR. Frenado en la delantera... Paso al wing derecho, con la sedosa armonía de los Millos... ¡Miren que preciosismo!...

EL GATO. – Miauuu... Miauuu...

PEPA. – ¡Qué se te enfría otra vez!

OSCAR. Pasa la defensa... Ahora uno largo, y (**da una patada y saca el cesto por la puerta de izquierda**). ¡Gol!...

PEPA. – ¡Lo mató!

OSCAR. – (**Saliendo por la izquierda**). ¡Oigan cómo rugen las tribunas!

(**Sale OSCAR por la izquierda**).

(**Por la izquierda maúlla el GATO y por la derecha llaman a la puerta de la calle**).

PEPA. – ¡Ay! ¿A quién atiendo?

SOLA. – Quítaselo mientras yo abro.

PEPA. – Mijito: no, no.... Déjelo tranquilo... ¡Ay, al fin!

SOLA. – (**A la ventana**). Es el señor Rutchi.

PEPA. – ¿Vendrá por el juego de comedor?... Hoy tendremos ya entonces que comer en la cocina... (**A la izquierda**). Apúrale, Oscar.

SOLA. – Parece que nos trae otro cliente.

PEPA. – Demasiado interés en ayudarnos.

SOLA. – Está más efectivo que el aviso del periódico.

PEPA. – Como que busca pretexto para venir a cada rato. Ya me está entrando mala espina.

SOLA. – Silvia jura que no es sino un amigo... Y lo mismo Oscar.

PEPA. – No me inspiran mucha confianza esas amistades tan repentinas y a la vez tan asiduas... Hay que abrir el ojo.

SOLA. – Voy a atenderlos.

PEPA. – Si es cliente lo que trae, recíbelo tú. Yo no entiendo de eso.

(**SOLA sale por el centro, hacia la calle, y regresa con FELIX, que entra, y un CLIENTE que pasa de largo**).

SOLA. – Por aquí señor... Hágame el favor...

(El CLIENTE Y SOLA pasan de largo por el fondo).

FELIX. – Señora.

PEPA. – Señor Serrucho... Siga, siga...

FELIX. – Rutchi señora... Rutchi.

PEPA. – ¿Viene ya por su comedor?

FELIX. – Todavía no. Apenas a traerles un amigo que necesita unos muebles de alcoba.

PEPA.. – ¡No sé cómo agradecerle tantas bondades!

FELIX. – Lo hago con mucho gusto.

PEPA. – ¿No se sienta?

FELIX. – Gracias, gracias...

(Entra OSCAR por la izquierda, mordiendo un pan).

OSCAR. – ¡Hola, gran hincha (**le golpea la espalda**).

FELIX. – ¡Hola, capitán!

PEPA. – (**A OSCAR**). Atiéndelo tú, por favor. Yo no sé ni de qué hablarle, (**a FELIX**). Lo dejo con Oscar.

FELIX. – ¡Encantando! ¡Es un gran interlocutor!

(Sale PEPA por la izquierda).

FELIX. – Y.... ¿Qué tal la partida de ayer?

OSCAR. – ¡El mejor clásico que he visto!

FELIX. – Me alegro, me alegro.

OSCAR. – A las cuatro de la mañana me instalé en el estadio. Esperé diez horas, pero cogí el gran puesto.

FELIX. – Muy bien, muy bien.

OSCAR. – Y los Pipiolos hicieron dos a uno.

FELIX. – ¡Cómo no!

OSCAR. – ¿No se lo dije? Le gané la apuesta.

FELIX. – Así es... ¡Cómo no!

OSCAR. – Eran diez... ¡Vengan esos diez del alma!

FELIX. – (**Saca la cartera sonriendo**). Tómalos... Pero el domingo me das el desquite.

OSCAR. – ¡Claro!... Y vamos juntos si quiere... Y usted convida, como buen perdedor.

FELIX. – Aceptado... Y te encimo una buena noticia...Hablé de ti con el capitán de los Camarones... Tengo allá cierta influencia...

OSCAR. – ¿Y me reciben?

FELIX. – Hoy nos dan la razón...

OSCAR. – Me voy para allá como una bala. ¡Es criollo y cuesta menos!

(**Va al fondo y se encuentra con SILVIA, que llega de la calle**).

SILVIA. – ¡más cuidado!

OSCAR. – (**Corriendo a la calle**). Estaré ahora para jugar limpio...

(**Sale OSCAR**).

SILVIA. – ¿Usted aquí otra vez?...

FELIX. – Demasiada asiduidad, ¿no es cierto?

SILVIA. – Creo que sí.

FÉLIX. – ¿Por qué no me cumplió la cita ayer tarde?

SILVIA. – Por una razón muy sencilla.

FELIX. – ¿Se puede saber?

SILVIA. – Por... Por su exceso de amabilidad.

FELIX. – Haría mal en ser de otra manera.

SILVIA. – Al contrario.

FELIX. – ¿Qué le ha disgustado?

SILVIA. – Pues... que una condiscípula mía que lo conoce y conoce a su familia, me dijo que no le hiciera más caso, porque usted era casado.

FELIX. – (**Pasando saliva**). No le había dicho yo que fuera Soltero.

SILVIA. – ¿Y entonces? ... No entiendo... ¿Por qué me agacha tanto el ala... ¿Y Por qué tantos apretones de manos?.... ¿No me estuvo hasta diciendo que era maestro en el amor?... ¡Y casi me matricula!... ¡Qué vivo!

FELIX. ¡Tendríamos que hablar tanto para que nos entiéramos! ...

SILVIA. – Pues entendámonos de una vez.

FELIX. – ¡Cómo no!

SILVIA. – Hasta me dijo que me quería muchísimo.

FELIX. – Y no es mentira... Y usted confesó también que empezaba a quererme un poquito.

SILVIA. – No sabía que era papel quemado.

FELIX. – Pero... ¿Acaso le he hablado de matrimonio?

SILVIA. – No, pero... (**Altiva**). ¿Qué se está imaginando entonces?

FELIX. Nada malo... Nada incorrecto... ¡Hay tantas maneras de querer! ¿Quién ha dicho que el amor tiene un Solo molde? ... ¿Sólo en el matrimonio puede haber afectos sanos, simpatías, necesidad de verse y acompañarse a diario?

SILVIA – Claro Que no pero yo creí que usted quería casarse conmigo.

FELIX. – No niego que me habría encantado proponérselo.

SILVIA. – Pero ante lo imposible... Es mejor que usted no vuelva por acá.

FELIX. – Usted no está diciendo lo que siente.

SILVIA. – Nunca digo mentiras...

FELIX. – (**Ríe**). Nunca... Ya sé que están vendiendo muebles por simple capricho... que se van para el norte...

SILVIA. – ¡Ah! entonces todas sus gentilezas son Porque quiere sacar partido de nuestra mala situación?.... ¡Uy, qué hombres... Mire: ¡saque su comedor y váyase!

FELIX. – Silvia: no me juzgue mal. Es cierto: Soy casado; pero como si no lo

fuera... Se trata de una desgracia de que no hubiera querido hablarle...

SILVIA. – ¿Desgracia suya, o de su mujer?

FELIX. – Admitamos que... De ambos. ¡Una feroz incompatibilidad de caracteres!... Al fin, ella se fue con otro.

SILVIA. – ¡Sabe Dios qué malas jugadas le haría usted!... No se finja ahora el santo.

FELIX. – De todos modos, vivo en la más horrible soledad, sin hijos, sin ilusiones...

SILVIA. – Y ahora me quiere a mí de suplefaltas. ¡Bonito!

FELIX. – ¡Usted me cautivó desde que la vi!...

SILVIA. – Sí. Y quiere por eso interrumpirme el bachillerato.

FELIX. – En pocos días me he habituado de tal manera a verla, a oírla, que ya me sería difícil prescindir de usted,

SILVIA. – Tendrá que hacerlo.

FELIX. – ¿Por qué no puede haber entre los dos una amistad... honorable?

SILVIA. – ¡Lo van a creer!

FELIX. – Usted no puede ser mi esposa; pero podría ser, para mí y para todo el mundo, sin ningún perjuicio para nadie,.... Mi secretaria.

SILVIA. – ¿Y eso cómo es? Explíqueme.

FELIX. – Necesito en mis oficinas una muchacha culta, inteligente, que sepa atender a tantas personas importantes que van allá; que me ayude a... ¡A tantas cosas!...

SILVIA. – ¿Cómo qué, por ejemplo?

FELIX. – Vigilar el personal, arreglar el archivo, supervisar la correspondencia...

SILVIA. – (**Súbitamente entusiasmada**). ¿Y aprendo a escribir en máquina? ¡Fantástico! Yo puedo algo, pero con un solo dedo, y muy despacio.

FELIX. – Aunque no escriba... El simple hecho de animar el ambiente, de imponer su simpatía... ¡No sabe usted lo que eso significa en los negocios!

SILVIA. – ¿Qué negocios son esos, al fin y al cabo?

FELIX. – ¡Tanto!! Venderle al gobierno, conseguir cupos de importación, jugar en la bolsa... Por allá desfilan representantes de firmas poderosas, altos empleados... Y a toda esa gente hay que saberla tratar con cortesía... Y a la vez con habilidad... ¿me entiende?...

SILVIA. – No mucho; pero... hablemos en plata. Si le acepto...

FELIX. – Podría ofrecerle, para comenzar, un sueldo de.... De mil pesos mensuales... sin que al principio tuviera más compromiso que... El de estar allá, como si se tratara de una sala de visitas... Y darme un consejo cuando se lo pida.

SILVIA. – ¿No tendría más oficio que aconsejarlo?

FELIX. – Si no le disgusta, sentir también por mí y por mis asuntos un poquito de afecto... ¿Le sería difícil?

SILVIA. – Lo de las visita... Puede que no... Lo de los consejos... Puede que tampoco... En cuanto a eso del afecto... Dígame: si por cualquier motivo no me sale de aquí, (**se toca el corazón**). ¿me rebaja el sueldo, o me deja los mismos mil?

FELIX. – (**Muy divertido**). Sería el sueldo mínimo, en todo caso.

SILVIA. – Dígame: ¿y con mil pesos mensuales se puede pagar un buen arrendamiento?

FÉLIX. – Ya lo creo que sí... Además, si usted necesita un anticipo, estoy a sus órdenes.

SILVIA. – ¿Gana usted mucho dinero?

FELIX. – El que me propongo... Y si su ayuda es eficaz, ya verá.

SILVIA. – Entonces, si resuelvo no volver al colegio y aceptar su propuesta...

FELIX. – Mañana a las nueve empezará a devengar.

SILVIA. – ¿Y manda el auto por mí?

FELIX. – Con mucho gusto.

SILVIA. – ¿Y me paga el primer mes adelantado?

FELIX. – Si así lo desea... ya le he dicho: no sólo el primer mes.

SILVIA. – ¿Dos entonces?... (**Le pica el ojo**). ¿O tres?

FELIX. – (**Festivo**). Comienza usted a manejar finanzas con más habilidad que yo.

SILVIA. – ¿Sí sirvo entonces? ... Acepto... ¡Mamá.... ¡Mamá!...

(Entra RUDECINDO por el fondo. Viene de la calle).

RUDECINDO. – ¿Qué quieres mijita?

SILVIA. – Papá: ¡la gran noticia!... Ante todo, te presento a mi amigo, el señor Félix... Félix.... No he logrado aprenderme bien su apellido

FELIX. – ¡Rutchi!... para servirle.

SILVIA. – ¡Ahora sí no se me vuelve a olvidar! Me voy a acordar por serrucho.

RUDECINDO. – Muy honrado de verlo por acá.

SILVIA. – Papá: Conseguí un puesto... Con el mismo sueldo que ganas tú. ¡Y me pagan tres meses por adelantado!... Y hasta cuatro si quiero, ¿no es cierto?

FELIX. – ¡Cómo no!

RUDECINDO. – ¿Un puesto?... ¿Con quién? ... ¿Para qué?

SILVIA. – No necesito saber escribir en máquina, ni me hace falta la historia patria... No tengo sino que sonreír y dar consejos, ¿no es cierto?

FELIX. – (**Cohibiéndose**). ¡Cómo no!...

RUDECINDO. – ¿Te están tomando el pelo?... ¿O tú a mí?

SILVIA. – ¡Palabra, papa!... Y es para ya; de suerte que mañana no vuelvo al colegio.

RUDECINDO. – ¡No faltaba más!

SILVIA. – ¿Te parece mal que te ayude a salir del atolladero? (**A FELIX**). Eso sí: usted paga con puntualidad.

RUDECINDO. – Y el señor... ¿Por qué viene a ofrecerte eso?, No entiendo.

SILVIA. – Papá: es el amigo que conocí en el parque,... cuando se varó el bus... el que convida a tomar el té... El que nos compró el comedor... ¿No te parece fantástico?

RUDECINDO. – En primer lugar... (**A FELIX**): muchas gracias, señor, por todas sus atenciones... (**A SILVIA**). En primer lugar, tú no te retiras del colegio mientras no saques el diploma de bachiller.

SILVIA. – ¿Y ya para qué?

RUDECINDO. – En segundo lugar, ya salimos de apuros. En tercer lugar, ya no vendemos muebles. Así que el señor me permitirá que le devuelva lo que pagó por el comedor... ¿Cuánto es?

FELIX. – No se preocupe usted por eso...

RUDECINDO. – Sola... Solita...

(Entra SOLA por la izquierda).

SOLA. – ¿Papá?

RUDECINDO. – ¿Cuánto te pagó el señor por el comedor?

SOLA. Cien pesos, papá... Y dan otros Cien pesos por la alcoba de Silvia.

RUDECINDO. – Di que ya no vendemos nada.

SILVIA. – ¡Ya no, ya no!

SOLA. – Y yo que había recibido... Bueno: devolveré.

(Sale SOLA por la izquierda).

RUDECINDO. – *(A FELIX)*. Aquí tiene usted,

FELIX. – Pero si no hay afán.

RUDECINDO. – Para usted no. Para mí sí. Por lo demás, permítame decirle francamente que encuentro excesiva su amabilidad. Usted apenas nos conoce, y ya está cotizando con exageración los servicios oficinescos de una muchacha como Silvia, que ni siquiera sabe ortografía

SILVIA. – ¡Ay, papá! ¡Exageras!

FELIX. – Es cuestión clara, Ella me dijo que deseaba emplearse; y como necesito en mi oficina una persona así como ella de familia culta, que sepa atender al público.

RUDECINDO. – *(Capcioso)*. ¡Ajá!...

FELIX. – *(Animándose)*. No me creerá usted; pero en la semana pasada, por falta de tacto de un empleado, perdí negocios que representan... Miles de pesos.

SILVIA. – ¡Fíjate!

RUDECINDO. – Usted perdone; pero sería necesario que me quedara lisiado, sin poder ganar un pan, para permitir que una hija mía se emplee..

SILVIA. – Pero papá: yo quiero trabajar.

FELIX. – Y se trata de un puesto de fácil desempeño para ella, y de mucho porvenir... Ya le dije: ¡relaciones públicas!

RUDECINDO. – Le agradezco mucho, señor Serruchi pero es inútil toda insistencia. Ya he dicho que no.

SILVIA. – ¡Pero si yo quiero, papa y lo necesito!

RUDECINDO. – No hablemos más del asunto.

FELIX. – En todo caso, no ha sido mi propósito desagradarlo, don Rudesindo, por el contrario.

RUDECINDO. – Y yo le agradezco mucho su deferencia. Pero la encuentro inaceptable.

FELIX. – En todo caso,... si cambia usted de opinión... Aquí tiene mi tarjeta... Aunque no sea en esto, en cualquiera otra cosa en que pueda serle útil... Siempre estaré a sus órdenes.

RUDECINDO. – ¡Tan agradecido, señor! .

FELIX. – Silvia! Lo lamento... Y hasta luego.

(Sale FELIX, y tras él atraviesa. el zaguán el CLIENTE que trajo).

SILVIA. – Papá yo trabajo. Si no es con él, con cualquiera otro; pero yo trabajo.

RUDECINDO. – Con nadie. Y menos con ese sujeto, que no me inspira mucha confianza.

SILVIA. – ¡Papá! ¡No seas desagradecido!

RUDECINDO. – Ya le di las gracias... Pero de ahí no pasamos.

SILVIA. – Piensa que es hasta amigo del zar. Lo llama el padrecito criollo.

RUDECINDO. – Peor por ahí. Al de Rusia lo fusilaron con familia y amigos. Y el de aquí tiene menos simpatías.

SILVIA. – Papá: ¡no seas anticuado!

RUDECINDO. – ¿Dónde está tu mamá?

SILVIA. – Después, cuando venga a pedirle la pensión y las cuotas del colegio, y el otro uniforme, no te arrepientas... Piensa que es una oportunidad.

RUDECINDO. – Pero no para nosotros...

SILVIA. – ¡Piensa que son mil pesos mensuales, a estas alturas! y que estoy sin medias. Mira: disimulando los rotos y lavándolas todos los días... Y si vieras mi sostén y mis combinaciones... Y los zapatos, con cartón para tapar los huecos... ¿Crees que eso es vida?... ¡Papacito! ¡Papacito lindo!... ¡Dime que sí! ¡Déjame! ¡No seas malo! (**Lo abraza y lo besa**).

(**Entra PEPA por la izquierda**).

PEPA. – ¿Qué ya no hay necesidad de vender nada, mijito? ¿Y eso por qué?

RUDECINDO. – Me solventé. Y podemos seguir también en la casa.

PEPA. – ¡Alabado sea Dios!... ¿Y cómo hiciste?

RUDECINDO. – Vendí al fin la finquita.

PEPA. – ¡No me digas!... ¡Me da un dolor!... ¡Y un miedo a la vez!

RUDECINDO. – Vinieron a buscarme unos campesinos...Unos que fueron arrendatarios de las fincas vecinas, y que tienen sus ahorritos.

PEPA. – ¡Mis oraciones!

RUDECINDO. – Me hice el indiferente; pero temblando de que fueran a arrepentirse.

PEPA. – ¿Y siquiera a buen precio?

RUDECINDO. – Barató más bien; pero qué remedio... No salí del susto hasta que no me dieron arras... Mil pesos que traían envueltos en pañuelos.., Mañana firmo el documento...

PEPA. – No sé... pero ahora la que está temblando soy yo... (**Llora**).

SILVIA. – No seas boba, mamá. ¿Para qué queremos eso?

RUDECINDO. – Lo primero que hice fue correr donde el dueño de la casa, y pagarle las mensualidades atrasadas. Logré que nos dejara seguir aquí; pero me dobló el precio.

PEPA. – ¿Y eso no está prohibido?

RUDECINDO. – ¿Prohibido? Autorizado oficialmente por el mismo control, porque no se trata de un arriendo congelado, sino de un subarriendo, Lo que no sé es a quién dar esta vez de fiador.

SILVIA. – ¡Ah, pues a Félix C. Rutchi! ¿Quieres que le hable?

RUDECINDO. – ¡No!... Daré mi sueldo como garantía... Y así salimos al otro lado,

SILVIA. – ¿Y seguimos aquí?... ¡Qué pereza!

PEPA. – ¿Al otro lado?... No sé qué decirte... Lo de la venta se irá como el humo. En tanto, nos suben el arriendo, siguen subiendo los víveres en forma escandalosa... Si vuelven a desahuciarnos, ¿para dónde nos vamos?

RUDECINDO. – ¿Sabes otra cosa que hice apenas recibí las arras? Compré billetes de todas las loterías.

PEPA. – ¡Cuándo no!... Siquiera... Porque yo compré un gato, ¡Ahí está!

RUDECINDO. – Hiciste bien. Pensaba regalártelo... Además, me ofrecieron una contabilidad, que puedo llevar por las noches, y me pagan bien.

PEPA. – ¡Pero vas a matarte!

SILVIA. – Eso digo yo también. A matarse inútilmente. Y no es justo. Mejor es que me dejen colocar.

PEPA. – ¿A ti?

RUDECINDO. – ¡Imagínate!

PEPA. – ¿Y para hacer qué?

RUDECINDO. – Dizque para darle buenos consejos al Serruchista ese, que anda en busca de una consejera joven.

PEPA. – Se me puso... ¡San Pablo bendito!

SILVIA. – ¡Pero si él te explicó!

RUDECINDO. – ¡A hacer tu tarea! ¡Pronto!.... ¡Ya sacar el primer puesto en esta semana!

SILVIA. – Yo me coloco... Aunque digan que no. Me coloco.

(Sale SILVIA de mala gana por la izquierda).

PEPA. – ¿De dónde le salió esa idea?

RUDECINDO. – El señor ese de marras, que la entusiasmó.

PEPA. – Ese no anda detrás de nada bueno.

RUDECINDO. – Sí... Hay que ahuyentarlo... Como vuelva a venir, le hago su buena grosería.

PEPA. – Y dile a Oscar que no ande con él para arriba y para abajo.

RUDECINDO. – ¿Sabes otra cosa que estoy esperando? ¡Un aumento de sueldo!

PEPA. – A propósito... De allá te trajeron una carta.

RUDECINDO. – Me lo habían ofrecido. Llegó entonces. Hoy es mi día. Cuando estoy de malas, es todo de malas. Cuando viene la de buenas...

PEPA. – Aquí está.

RUDECINDO. – (**Lee y se aterra**). ¿Cómo?

PEPA. – ¿Qué?... ¿Mala noticia?

RUDECINDO. – La peor de todas... Declaran mi puesto insubsistente.

PEPA. – No. ¡Qué infamia!... ¿Pero que no pueda uno tener ni cinco minutos de tranquilidad?... ¿Y ahora qué hacemos?

RUDECINDO. – No sé... Todos mis planes se van a tierra.

PEPA. – Hiciste mal en vender.

RUDECINDO. – ¿Qué camino quedaba?.

PEPA. – ¿Quién podrá ayudarnos en este trance?... Yo soy capaz de ir a arrodillármele al presidente.

RUDECINDO. – ¡Qué horror! ¡Comenzar otra vez. A mi edad, a rogar, a intrigar, a adular...

PEPA -- ¿Por qué no desbaratas el negocio? ... O vende una parte nada más.

RUDECINDO. – ¿Para qué? En el campo nos hundiríamos del todo. Aquí queda al menos la esperanza de reaccionar en alguna forma, mientras esas muchachitas se casan y ese muchacho se encarrila... ¿Qué hago?... ¿Qué hago?

PEPA. – Ahora tranquilízate... Luego pensamos con más calma.

EL GATO. – (**Adentro**). Miauuu... Miauuu...

RUDECINDO. – ¡Calla ese gato, por favor!... ¡Siento que la cabeza me estalla!

(**Golpean de la calle... Entra SOLA por la izquierda**).

SOLA. – Golpean... Debe ser a preguntar por los muebles... ¿Qué digo?

RUDECINDO. – No sé... No sé... Lo que quieras. .

PEPA. – Ven, te recuestas un rato.

(Salen por la izquierda RUDECINDO y PEPA. Entran por el fondo SOLA y VICENTE, Este trae en la mano el periódico, doblado sobre la página de los anuncios económicos).

SOLA. – No me explico qué vienes a hacer aquí.

VICENTE. – Es que... He visto este aviso.

SOLA. – ¿Y qué?

VICENTE. – Y venía... A comprar unos muebles.

SOLA. – Vicente: déjate de ridiculeces.

VICENTE. – ¿No tengo derecho a comprar muebles usados cuando los están anunciando?

SOLA. – Ya no vendemos nada; de suerte que...

VICENTE. – Yo sé que sí.

SOLA. – Te digo que no.

VICENTE. – Hay aquí cosas que no le dejaría comprar a nadie más... A ningún precio... Porque tienen para mí el valor de lo antiguo... Este sofá, por ejemplo... ¿Cuánto esto están pidiendo por él, Solita?

SOLA. – Te repito que me dejes en paz.

VICENTE. – —Aunque hayamos roto... No quisiera que este sofá fuera a dar a manos extrañas... ¡Pasé horas tan felices aquí, al lado tuyo!... Aquí te estreché la mano por primera vez... Te di el primer beso.

SOLA. – Bueno, bueno... Voy a llamar a papá, que es quien da los precios... Un momento.

VICENTE. – Sola... Escúchame. (**La sujeta**).

SOLA. – Suéltame.

VICENTE. – Déjame que te hable.

SOLA. – Déjame ir.

VICENTE. – Mírame... Te hago falta, ¿no es cierto?

SOLA. – Te ruego que te vayas.

VICENTE. – No puedo... Hace tres días que rondo por aquí sin atreverme a entrar... Estoy casi loco... No entiendo la vida sin ti.

SOLA. – Ya te he dicho que somos incompatibles.

VICENTE. – ¿Sabes que me fugué de mi casa?

SOLA. – ¡Muy mal hecho!

VICENTE. – Les dije que si no me casaba contigo, me mataba. Y mamá contestó que prefería verme muerto.

SOLA. – Y yo prefiero morir antes que tenerla de suegra. ¿Estamos?

VICENTE. – Antes de fugarme, les escribí entonces una carta asegurando que me iba a suicidar... ¿Y pensé hacerlo, sabes? ... Y estoy de veras resuelto a matarme... Solita: o te casas conmigo o...

SOLA. – Déjate de tragedias ridículas.

VICENTE. – Vayámonos, ahora sí... A donde tú quieras... Abrí la caja fuerte y saqué las joyas de mamá... Y toda esta plata... Tomé un apartamento... Iba a comprar muebles, cuando encontré la noticia de que aquí los estaban vendiendo... Creí que te perdía para siempre... Me resolví entonces a venir.

SOLA. – (***Se desprende y va al teléfono***).

VICENTE. – ¿Qué vas a hacer?

SOLA. – A avisar a tu casa,

VICENTE. – Avisa si quieres.... Voy a demostrarte que de aquí no me saca nadie.

SOLA. – ¿A ver?... Cierto, que lo cortaron.

VICENTE. – (A la ventana). ¡ Solita: ahí están!...

SOLA. – ¿ Quienes?

VICENTE. – Mamá, con dos policías... Debieron descubrir el robo.

SOLA. – ¡Ahora vas a meterme a mí en ese enredo!

VICENTE. – Sólita; déjame esconder.

SOLA. – No es posible.

VICENTE. – Si caigo en manos de ellos, papá cumple su amenaza. Dijo que si no me iba para Estados Unidos, me mandaba entonces a un reformatorio. Ahora, lo cumple,

SOLA. – ¡Uy, no! ¡Cómo se va a atrever!

VICENTE. – Yo sé que lo hace... Solita: mi chinita adorada; ¡no me dejes morir en garras de la desesperación!

(Golpean fuertemente).

SOLA. – ¡Corre!... Escápate por el solar.

VICENTE. – Di que no me has visto.

(Golpean más fuerte).

SOLA. – Apura...

VICENTE. – Pero dime que todavía me quieres.

SOLA. – ¿Para qué te lo digo?

VICENTE. – Porque si no me quieres, no importa que me encuentren... Y que me manden a donde quieran... Si acaso no me mato antes. ¡Palabra!

(Golpean más fuerte aun).

SOLA. – Corre, por Dios... Sí, lo confieso. Soy una boba... Te quiero, a pesar de todo.

VICENTE. – Un besito entonces...

SOLA. – ¡Que tumban la puerta!

VICENTE. – ¡Un besito!

SOLA. – Tómalo, pues... Pero corre...

(Sale VICENTE por la izquierda).

(RUDECINDO atraviesa el fondo).

RUDECINDO. – ¡Caray, que manera de golpear! Ese es Oscar... **(Entra precipitadamente PATROCINIO).**

PATROCINIO. – Es inútil que quieran ocultármelo. Es inútil. Le advierto que es inútil. Vicente está aquí. No me diga que no. O me lo entregan, o se van todos ustedes a la cárcel.

RUDECINDO. – Señora: ni está aquí, ni permito esta vez que...

PATROCINIO. – Usted sabe muy bien que sí está... Y sabe también lo demás. Mi hijo no se hubiera atrevido a nada si ustedes no lo aconsejan mal.

RUDECINDO. – Señora: no sé cómo responderle. Si llamando al manicomio o a la policía.

PATROCINIO. – Pues sí estoy a punto de volverme loca. Pero soy yo quien viene con la policía. Mírela. Mírela. Y es inútil que traten de esconder a Vicente, porque los detectives que lo andaban buscando desde hace tres días lo vieron entrar hace rato... Y me llamaron por teléfono... Les advierto que si han cometido la barbaridad de casármelo, los denuncio por raptor y corrupción de menores. Entréguemelo, o hago requisar la casa. De aquí no me voy sino con las joyas, con la plata y con el muchacho... Me lo llevo aunque sea en pijama.

RUDECINDO. – ¿Tu entiendes esto, Solita?

SOLA. – Pues papá...

PATROCINIO. – ¡No me hagan comedia. No me hagan comedia, porque es inútil!

RUDECINDO. – Pues si esto es comedia, habrá que aplaudirla a usted como a la primera actriz.

PATROCINIO. – Devuélvanme a mi hijo. Devuélvanmelo con todo lo que tiene, o no respondo del escándalo... Ni de ustedes ni de mí... ¡Ay, a mí me va a dar algo!

RUDECINDO. – (**A SOLA**). ¿Pero qué dices tú?

SOLA. – Que... Que sí estuvo aquí hace un momento.

PATROCINIO. – ¿Luego lo confiesen, no? ¡Luego lo confiesen!

RUDECINDO. – ¿Y por qué lo recibiste? ¡Muy mal hecho!

SOLA. – Entró de improviso... Diciendo que venía a comprar muebles.

PATROCINIO. – ¡Y yo a creerles!... ¡Y yo a creerles!

SOLA. – Le dije que se fuera. Vio que llegaba la mamá, y corrió por ahí... Eso es todo.

PATROCINIO. – Entréguemelo. Entréguemelo. (**A RUDECINDO**)... No me

salgan ahora con que están casados y hay nieto de por medio, porque usted no me fabrica un nieto a mí.

RUDECINDO. – ¿Y yo cómo, señora?

SOLA. – Le repito, señora, que corrió por ahí. Entre si quiere a buscarlo; y ojala llegue a tiempo, porque dijo que iba a suicidarse.

RUDECINDO. – ¡Qué se suicide, caramba, de una vez por todas! ¿Habrá que darle con qué?

PATROCINIO. – Pero, ¿cómo se le ocurre semejante cosa? ... ¿Y usted por qué no lo contuvo? ¡Ay, Dios mío! ¡No puedo más! ¡Se me va la cabeza! ¡Auxilio!... ¡No puedo más, no puedo más... (**Se desmaya dando un grito atroz**).

(**Entran PEPA Y SILVIA por la izquierda**).

PEPA. – ¿Qué fue?

RUDECINDO. – ¡Denle un somnífero y llamen la ambulancia!

PEPA. – ¿Vino a comprar muebles?... ¡Era lo que faltaba!

SOLA. – Es la mamá de Vicente.

SILVIA. – ¿Otra vez?

PATROCINIO. – ¡Vicente! ¡Hijo mío! ¡Me muero! (**Otro grito**).

SILVIA. – (**Trayendo una botella**). Echémosle aunque sea esto.

SOLA. – No seas bárbara, que eso es gasolina,

RUDECINDO. – Si no reacciona, yo sí le lleno el tanque, (**le echa gasolina**).

PATROCINIO. – ¡Ay!... Me mataron. Me mataron. Era lo que querían. ¡Auxilio! No puedo abrir los ojos.

(**Entra VICENTE aterrado**).

VICENTE. – Mamá... Aquí estoy. Mamacita... ¡Vuelve!... ¡Vuelve!

PATROCINIO. – No puedo... No puedo... No veo...

VICENTE. – (**Llorando**). Mamacita...

PATROCINIO. – Ay, no te veo... Me arden los ojos... Vámonos, que tu papá está muerto de angustia. Si no te vas conmigo, ya dijo que le volvía la angina de pecho. Esto nos va a matar a los dos.

VICENTE. – ¡No es para tanto, mamá! ¡Cálmate!

PATROCINIO. – (**Furibunda**). ¿Qué no es para tanto? ¿Y te parece poco?... ¿Que esta gente sin escrúpulos te induzca a robar, ¡pobre mijito!... Y te quiera casar... para que nos veamos obligados a mantenerlos a todos?

RUDECINDO. – ¡No tolero más insultos!

SILVIA. – ¡Ni yo!

PATROCINIO. – Vamos, Vicente. Vamos, o me vuelve a dar el ataque.

RUDECINDO. – Y si no se largan pronto, me va a dar a mí...

PATROCINIO. – ¡Vamos, Vicente... Vamos!

VICENTE. – (**Aterrado**). Sí, mamá...

(**Salen por el fondo PATROCINIO y VICENTE**).

RUDECINDO. –No comprendo, Solita, por qué nos creas esta clase de problemas.

PEPA. – ¡No parece cosa tuya!

SILVIA. – ¡De veras! ¡Seguir haciéndole caso a ese majadero!...

SOLA---Fue él quien vino a buscarme.

PEPA. – Voy a echar ese gato a la calle. A lo mejor es cierto que los gatos negros traen mala suerte.

SOLA. – (**Llorando**). ¿Qué culpa tengo yo?

(**Salen PEPA y SILVIA por la izquierda**).

RUDECINDO. – No has debido abrirle la puerta.

SOLA. – No sospeché que fuera él, y le dije en todos los tonos que se fuera.

RUDECINDO. – Afortunadamente, no quieres ya a ese tonto. Me alegra al fin y al cabo que haya pasado esto, para que acabes de desilusionarte.

SOLA. – Eso es lo malo, papá: que a pesar de todo... Lo quiero... No puedo olvidarlo.

RUDECINDO. – Pobre mijita. Me faltaba esa pena también. Ver que eras de las predestinadas fatalmente a casarse con un borracho, un vagabundo o un idiota.

(Entra OSCAR por el fondo con aire triunfal).

OSCAR. – Ras, ras, ras,... Te gané, papá... ¿Con que no sirvo para nada? ... Entré al equipo de los Camarones... y ganando más que tú: dos mil al mes... Juego el próximo domingo contra los Pipiolos.

RUDECINDO. – Me alegro mucho, mijito.

OSCAR. – Mira el contrato... y si ganamos, me aumentan, y nos enfrentamos en un clásico con los Buchiplumas...

RUDECINDO. – Muy bien, muy bien...

OSCAR,—Y mira: un anticipo. Mil del alma.

SOLA. – Dáselos a guardar a papá...

OSCAR. – Tengo que comprar ropa... Y mi uniforme... Y un juego de cosas.

(Entra SILVIA en traje de calle).

SILVIA. – Ya vengo, papá,

RUDECINDO. – ¿A dónde vas, mijita?

SILVIA. – A la oficina, A posesionarme.

RUDECINDO. – ¡Silvia! ¡Ya te he dicho que no!

SILVIA. – ¿Crees que, en esta circunstancias, voy a quedarme con los brazos cruzados? Nos echan de aquí, te quitan el puesto, insultan a Sola. ¿Y todo por qué? Porque no tenemos plata... Pues me voy a donde haya plata, y se acabó.

RUDECINDO. – Mijita escúchame.

SILVIA. – Aunque protestes y te desesperes. Voy por mis cuatro meses de anticipo, y yo sí te los traigo íntegros.

RUDECINDO. – Comprendo tu buen corazón; pero... Déjame siquiera tomar informes de ese señor.

SILVIA. – Confía en mí, y eso basta.

RUDECINDO. – Pero, ¿por qué no puedo yo sostener a mis hijos?... ¿Qué crimen he cometido para que Dios me castigue así?...

SILVIA. – Ya has trabajado mucho en la vida, viejo. Ahora nos toca a nosotros. Ya llegó el momento... (**A OSCAR**). Comenzando por ti. Lo primero que ganes tiene

que ser para papá y mamá...

RUDECINDO. – Después sí... Pero ahora tengo muchos gastos.

SILVIA. – Déme esa plata... ¡Desgraciado!... ¡Mal hijo!

RUDECINDO. – ¿Para qué lo forzas? No quiero así ningún sacrificio.

SILVIA. – No es sacrificio, sino obligación. Dame eso, o te lo quito a la fuerza.

RUDECINDO. – No... No quiero nada de él, por ningún motivo.

SILVIA. – Pues si él no te ayuda, razón de más para que yo lo haga... Y si él sabe dar patadas, ¿por qué no he de poder yo dar consejos?... Ya vengo... No te afanes,...

(Sale SILVIA por el fondo).

RUDECINDO. – Silvia... Silvia... Silvia... ¡Mijita!...

(Entra PEPA por la izquierda).

PEPA. – Déjala... Pongamos eso en manos de Dios... Para mejor será todo lo malo que nos sucede.

RUDECINDO. – ¿Sabes tú los horrores que están pasando con las muchachas de oficina?

PEPA. – ¿Dónde no están pasando horrores? ¡En todas partes!

RUDECINDO. – Me siento vencido...

PEPA. – Quien sabe si es ahora cuando te va a ir bien... **(Bendiciendo a SILVIA que se va)**. ¡Qué el Sagrado Corazón, la Virgen y todos los santos me la cuiden y acompañen!

RUDECINDO. – **(A SOLA)**. y tú no llores más, mijita...

SOLA. – **(Moqueando)**. No, papá...

RUDECINDO. – **(Abrazando a SOLA)**. Ya pasaron los tiempos en que se triunfaba con el corazón... Ahora el mundo lo mueven a manotones y con la punta del pie...

TELON

ACTO TERCERO

Sala, en chalet moderno de un barrio residencial. A izquierda y derecha, puertas. Al fondo gran ventanal de cristales que deja ver el jardín, la verja y los chalets del frente. PEPA está limpiando los muebles. Entra RUDECINDO por la derecha con el periódico.

PEPA. – ¿Conseguiste el periódico?

RUDECINDO. – Sí. Aquí está.

PEPA. – Muestra, muestra...

RUDECINDO. – Es en la página deportiva... Aquí, aquí... Mira: se la dedican casi toda a Oscar.

PEPA. – Mira, dándole una patada a la bola. ¡Tan divino mi hijo!

RUDECINDO. – Tiene su elegancia el bobo,

PEPA. – ¡Mira, mira cuando lo sacaron en hombros! ¡El susto que me llevé! Pensé que era un accidente; que le había pasado algo.

RUDECINDO. – Todo me imaginé, menos que, a pesar de su falta de juicio, fuera a resultarnos una notabilidad... Y yo cultivándole el cerebro en que vez de darle masajes en los tobillos.

PEPA. – Ya ves. Lo querías para cirujano; y cuándo se ha visto que a un cirujano lo lleven así en triunfo por las calles, y que lo llamen tanto por teléfono; que aquí ya no hay tiempo sino para atender al teléfono... (**Suena, el teléfono**).

Oye: ¿No digo?... (**Al teléfono**). ¿A ver?... No, señorita, no se ha levantado todavía. Se lo diré con mucho gusto... Apunta, Rudecindo: que lo llamó Dady.

RUDECINDO. – Esa es otra. Tenía anotadas a la Memy y a laTuty... Aumenta el tutifruti... Deja eso descolgado, a ver si podemos leer al fin.

PEPA. – Después quién aguanta a Oscar, si no le reciben todas las razones; porque se ha vuelto de un genio...

RUDECINDO. – También es cierto: que ya no mando aquí,

PEPA. – No he querido decir esa, mijito, sino que...

RUDECINDO. – Comprendo: que mandan más los hijos... ¡Claro!... Cuelga, pues.

PEPA. – (**Al periódico**). Ni que se hubiera dedicado mijo a la política, ¿no es cierto? Ni en una manifestación política hay tanta gente.

RUDECINDO. – ¿La política?... Es la única que les gana a veces en importancia al deporte y a la página roja, Y sin embargo...

PEPA. – ¿Con quién se está ahí dando la mano?

RUDECINDO. – ¿Con quien. ¿No reconoces? ¡Con el presidente!

PEPA. – ¡Fíjate qué naturalidad! ¡Como si fueran iguales! ¡Qué muchacho! ¡Quien iba a creer!...!Y decías que mis consentimientos la habían echado a pique!

RUDECINDO. (**Leyendo**). Algo inusitado, algo sorpresivo fue la manera como los Camarones, ante el clamor de hinchas y fanáticos, frenaron a sus contendores desde el primer momento y se adueñaron del gramín con olímpica majestad. Pera el dominador del guardavalla enemigo fue el Piernícola, en sus tres goles contundentes...

PEPA. – ¿Y quién es el Piernícola?

RUDECINDO. – ¡Pues él! ¡Es su nombre de guerra!

PEPA. – (**Sin entender muy bien**). ¡Ah!...

(**Entra SOLA de la, calle, con paquetes**).

SOLA. – ¡Viejos!

RUDECINDO. – ¿Tan pronto saliste hoy de la oficina?

SOLA.. – ¡Si ya san las doce!

PEPA ¿Las doce ya?... (**Hacia dentro**). El almuerzo, que ya están aquí las niñas.

SOLA. – Salí apenas unos minutos antes, para cobrar el cheque de la quincena.

RUDECINDO ¿A quince ya?, ¡No solo corren las horas, sino el mes!

PEPA. – ¿Cobraste hoy? ¡Siquiera!

SOLA -- Toma mi cuota para el arriendo... Y para las mensualidades de la nevera, el radio y el mobiliario... ¡Y tus uvas!... Y el remedio para el gato.

PEPA. – ¡Tan divina mi hija! No se le olvidó nada.

SOLA. – Y para tí, papá, tus cigarrillos, y... y... (**Mohín pícaro**).

RUDECINDO. – ¿Y qué más? ¿A ver? ¿A ver?

SOLA. – Adivina...

RUDECINDO. – ¡Mi billete de lotería!

SOLA. – (**Mostrándole un billete de la lotería**). Como lo querías: acabado en siete.

RUDECINDO. – ¡Qué joya es esta mujercita! ¡No me la como a besos, porque después donde consigo otra!

PEPA. – Habías podido traerle más bien una corbata. Ya no tiene ni qué ponerse.

RUDECINDO. – Y al gato, en vez de remedio, has debido traerle un veneno.

PEPA. – El gato tiene la casa sin un ratón,

RUDECINDO. – Y a mí la lotería me colma de ilusiones.

PEPA. – Con lo que has gastado en loterías en tu vida, habríamos podido comprar casa.

RUDECINDO. – ¿Qué significa una casa ante las mil y una ilusiones que he venido comprando semanalmente en cuarenta años? ¡Palacios! ¡Viajes! ¡Amores!

PEPA. – (**Agarrándolo**). ¿Qué?... ¿Qué?

RUDECINDO. – ¡Románticas infidelidades!... Pero suéltame, que todo ha sido imaginativo.

PEPA. – (**Riendo**). También es cierto. Porque en tanto tiempo no he visto ni siquiera una aproximación...

RUDECINDO. – El hecho es que no muera la esperanza... (**Contempla y acaricia el billete**). Y como dicen que es mejor esperar que poseer, puedo asegurarte que he vivido como el mejor de los millonarios. En cuanto falla una esperanza semanal, corro a comprar la siguiente... ¿No es verdad, Solita, que eso es mejor que una corbata?... Aunque no sobraría que viniera al fin, como es justo, lo que casi siempre he tenido: un corbata oficial.

SOLA. – ¿Ni esperanza todavía?

RUDECINDO. – Estoy moviendo tantas palancas, que si me viera Arquímedes le daba envidia y escribía un artículo insultándome.

SOLA. – Me encanta verte de buen humor. Si así fuera siempre...

RUDECINDO. – ¡Y algo ha de caer, caramba! ¿Cómo es posible que volteado, con tantos parientes en el gobierno, y tres ministros que fueron mis condiscípulos, y lo que me he movido en estos días, nada logre?... Lo malo es que, cuando ya

vamos para viejos...

PEPA. – Le ha dada par el tema de la vejez.

RUDECINDO. – ¡Claro!

SOLA. – ¡Si estás en tus veinte!... Además, si nada consigues, ¿qué importa? Justo es que descanses. ¿No estamos trabajando los demás?

RUDECINDO. – Eso piensas tú. Quien sabe los otros... Y no quiero ser carga para nadie... Y algún día se irán todos...

SOLA. – Y tú conmigo, ¿No es cierto?... ¿No es cierto? (**Suena el teléfono**). ¿A ver?... Que si está Oscar.

RUDECINDO. – (**Consultando su libreta**). Pregunta si es la Dady, la Memy o la Tuty.

SOLA. – De parte de quién? ...Que de la Chana.

RUDECINDO. – ¡Caramba! Se me había olvidado esa... Fíjate: van cuatro. No hay como convencer a las mujeres a patadas.

SOLA. – Qué digo?

(**Entra OSCAR y rapa la bocina**).

OSCAR. – ¡Qué vas a decir.... ¿A ver?

SOLA. – ¡Qué ímpetu!

OSCAR. – ¡Hola!... Sí, cómo no... Llevo tiempos esperando tu llamada... ¿Qué? No, ala, no me han entregado todavía el convertible. El guardafango quedó como una arepa... (**Ríe**). Claro, estaba asegurado... Sí, espérame, (**Colgando, bruscamente**). ¿Quién dijo que ya no podía pasar al teléfono?

RUDECINDO. – Dijimos que estabas durmiendo.

OSCAR. – No estaba durmiendo, sino esperando esa llamada.

PEPA. – Como entré a tu alcoba y tenías los ojos cerrados, creí que...

ÓSCAR. – ¿Y te costaba trabajo preguntar? ¡Has debido avisarme!

PEPA. – Bueno, mijito. Excusa.

OSCAR. – Es que aquí no hay quien se ocupe de mí.

RUDECINDO. – No seas injusto con tu madre.

SOLA. – Ni insolente.

OSCAR. – ¿A usted quién la mete?

RUDECINDO. – Calla, mijita. Es mejor evitar discusiones.

OSCAR. – ¿Tampoco tendré derecho a que me sirvan el desayuno?

PEPA. – Voy a servírtelo.

(Sale OSCAR por donde entró, le sigue PEPA).

SOLA. – Se cree con derecho a gritarnos a todos. Lo que me diga a mi no me importa. No le hago caso. Pero cuando te falta al respeto a ti, o mamá, me muero de la rabia,

RUDECINDO. – ¡Qué vamos a hacer! Son las prerrogativas del triunfador. Y si ha triunfado a puntapiés, sería absurdo exigirle que se portara como un diplomático.

SOLA. – Todo porque ayuda con unos miserables centavos.

RUDECINDO. – Hablemos de otra cosa.

SOLA. – Te convidó a vespertina, quieres?

RUDECINDO. – ¿A vespertina? ¡Diantre! ¡Señal de pelea con el nuevo novio!... Cuando hay noviazgo, no me invitas ni a ver al fakir.

SOLA. – Adivinaste. Rompimos definitivamente.

RUDECINDO. – ¡Y van tres en cuatro meses!

SOLA. – ¡Qué remedio! Todos me aburren.

RUDECINDO. – No sé qué te sucede. Te aburren los hombres serios; y en cambio te ibas muriendo cuando despediste al tonto de Vicente.

SOLA. – ¿Quién manda en el corazón?

RUDECINDO. – ¿Será que todavía queda algo de eso? ...

SOLA. – **(Sonriendo tristemente)**. Puede que sí...

RUDECINDO. – ¡Qué bien te conozco!

(Suena el teléfono).

SOLA. – ¿A ver?

(Entra OSCAR a toda prisa y le rapa la bocina).

OSCAR. – Deja. Es a mí.

SOLA. – Pero no me atropelle,

OSCAR. – ¿A ver?... ¿Con quién?... ¿Cómo?... **(Decepcionando)**. Ah, bien... Toma, Sola. Que es para ti.

SOLA. – Aunque soy la que menos gano, algún día me había de tocar.

RUDECINDO. – Se contentaron... ¡Adiós vespertina! **(Toma el periódico)**.

OSCAR. – Préstame el periódico.

RUDECINDO. – **(Dócilmente)**. Tómallo.

SOLA. – ¿A ver? ... Sí, sí...

ÓSCAR. – ¿Quieres ponerme esta carta en el correo?

RUDECINDO. – Sí, dentro de un momento.

(Sale OSCAR).

SOLA. – ¿Con la señora de qué?... **(Se oye un torrente de locuacidad por la bocina)**. Sí, señora... Como usted quiera, señora... No, no hay inconveniente... Aquí la espero entonces con mucho gusto... **(Cuelga)**. No entiendo.

RUDECINDO. – ¿Quién es?

SOLA. – La persona que menos te imaginas.

RUDECINDO. – A juzgar por el ruido, una vieja angustiada... Mijitica: ¿Por qué no te especializas en huérfanos?

SOLA. – ¡Si es la mamá de Vicente!

RUDECINDO. – **(Aterrado)**. Entonces... ¿Sigues en ese lío?

SOLA,—Desde aquella vez del ataque... No he vuelto a verlo.

RUDECINDO—¡Como no se haya perdido otra vez y venga a dar aquí! ¡Y tengamos otro espectáculo!... No le abras a nadie. Y menos a esa señora. Para bravuconadas, tenemos con la dictadura de tu hermanito.

SOLA. – ¿Cómo decirle que no la recibía, si me anunció visita, y me habló además con tanta amabilidad?

RUDECINDO. – Peor por ahí; porque si ha cambiado de idea y viene, no a buscar al chico, sino a traerlo, la intervención será más larga, y quizá más patética... Cuidado con aflojar ahora!

SOLA. – No te preocupes.

(**Entra SILVIA de la calle**).

SILVIA. – ¿Qué hay, papá?... ¿Qué hay, Sola?

SOLA. – ¡El almuerzo! ¿Qué hubo del almuerzo? Ya llegó Silvia.

SILVIA. – No tengo afán.

SOLA. – Yo sí, porque debo entrar a la oficina a las dos y media.

(**Sale SOLA**).

RUDECINDO. – ¿Tú entras hoy más tarde?

SILVIA. – No voy, papá... Tal vez ni vuelva.

RUDECINDO. – ¿Y eso por qué?

SILVIA. – Conseguí otro puesto mejor.

RUDECINDO. – Cambias de puestos como Sola de novios.

SILVIA. – Pero siempre para mejorar. No como ella, que acabará manteniendo al marido por vocación.

RUDECINDO. – Ese juego en que estás es peligroso... Piedra movediza no cría lama.

SILVIA. – No tengo miedo.

RUDECINDO. – De pronto se te tuerce la suerte y...

SILVIA. – ¿A mí? No hay peligro. No sabes cuánto aprendí en la oficina de Félix C. Rutchi. Lo que siento es haber perdido tiempo en el colegio. A mí no se me tuerce la suerte tan fácilmente, papá, porque se la podrá torcer a mucha gente que tiene fama de honorabilísima,

RUDECINDO. – Temo que esta veleidad se deba antes que todo a tu mal genio... ¿No será que los jefes no te pueden aguantar?

SILVIA. – Tranquilízate. Soy yo quien no les aguanto.

RUDECINDO. – ¿Cómo?... ¿Qué?

SILVIA. – ¿Sabes por qué dejé a Félix C. Rutchi? ¡Por atrevido!

RUDECINDO. – ¿Por qué no me lo habías contado?

SILVIA. – Por no afanarte. Me despedí con una bofetada. Y me traje un archivo que, si yo lo mostrara, se hundiría mucha gente... ¡Y no se lo devuelvo!

RUDECINDO. – Y esta vez, ¿por qué te retiras?

SILVIA. – ¿De la Debis Petroleum Company? ... Imagínate: se encerró el jefe conmigo, diciendo que iba a dictarme una carta urgente; echó llave, y en vez dictarme...

RUDECINDO. – ¿Qué?... ¿Qué?

SILVIA. – Que esta vez no fue una, sino tres bofetadas las que di. Y si no abre aprisa la puerta, le rompo en la cabeza la máquina de escribir.

RUDECINDO. – ¿Te hizo algo, hijita?

SILVIA. – Me alcanzó a romper una manga y se quedó con un guante. ¡Ah!... Pero a ese no sólo le saco prestaciones, sino daños y perjuicios!

RUDECINDO. – Lo que sucede es que no vuelves a trabajar a ninguna parte,

SILVIA. – ¿Por qué, papá? ¡Si tengo una oferta con más sueldo!

RUDECINDO. – ¡Pensar que a una hijita mía... y que esos sinvergüenzas... Lo que soy yo, voy ahora mismo a tomarles cuentas a esos bellacos!... ¡Ah, eso sí!

SILVIA. – No te metas tú... Déjame arreglar las cosas a mí... Esos también están en mis manos.

RUDECINDO. – Bien. Pero se acabaron los puestecitos.

SILVIA. – Ni lo sueñes. ¿Crees que voy a truncar mi carrera por tan poca cosa?

RUDECINDO. – ¿Como vas a seguir en esos focos de corrupción?

SILVIA. – ¿Y crees que me voy a dejar engañar con un polar?...

RUDECINDO. – El que busca el peligro, perecerá en él.

SILVIA. – Toda carrera tiene sus peligros. ¿Oscar no se queja cada rato de que en el fútbol le dan golpes prohibidos?

RUDECINDO. – Un golpe prohibido en un muchacho, se explica; pero en una

señorita como tú...

SILVIA. – Una mujer, cuando quiere, se defiende con más facilidad que un tanque de guerra.

RUDECINDO. – No creas...

SILVIA. – Y en el fondo, somos siempre las mujeres quienes mandamos... No sabes cuántas cosas he aprendido últimamente... El otro día, por ejemplo, supe que el que está haciendo subir tanto los precios, no es el zar de precios, sino dos señoras al parecer algo casquivanas, que lo manejan a su capricho.

RUDECINDO. – ¿Dos señoras?

SILVIA. – Sí. Está muy bien explicado en una carta, en el archivo de Félix C. Rutchi.,

RUDECINDO. – ¿Y quiénes son esas señoras?.

SILVIA. – La Oferta y la Demanda.

(**Entra SOLA**).

SOLA. – Están llamando... Debe ser esa señora.

RUDECINDO. – ¿Cuál señora?

SILVIA. – ¿Quién es?

SOLA. – La mamá de Vicente.

RUDECINDO. – ¡Mijitica: alista la gasolina!

SILVIA. – Sigues en enredos con el tonto ese? ... ¡Pero Sola!

SOLA. – Fue ella quien me ofreció visita. ¿No sé por qué?

SILVIA. – Como venga a dar otro escándalo, esta vez no tendré agua en la boca.

SOLA. . – Voy a abrirle.

(**Sale SOLA**).

RUDECINDO. – A lo mejor esta vez vamos a divertirnos.

SILVIA. – Como alce esa señora la voz tanto así, le saco todos los cueros al sol... A ellos también les tengo los hilos cogidos. ¡Mira que echándonos el otro día en cara nuestra pobreza! ¡Y el marido de esa vieja no es sino una calanchín de Félix C. Rutchi. Que se enriqueció en pocos meses a la sombra del control de precios.

RUDECINDO. – Entonces, lo que dice la prensa sobre él... ¿Es verdad?

SILVIA. – Fui yo quien dio el dato, acordándome de todo lo que hicieron sufrir a Solita... Y estoy resuelta a publicarles todos los documentos.

RUDECINDO. – Es mejor que no te metas en esas honduras.

(Salen SILVIA y RUDECINDO por una puerta, y entran por la otra PATROCINIO y SOLA).

PATROCINIO. – ¡Ay, qué pena, qué pena y qué pena!.... ¿No le estaré quitando tiempo?.... ¡Ay, qué cansancio!.... Me rindo ya de sólo subir un peldaño.

SOLA. – Siéntese usted.

PATROCINIO. – Si, me siento... **(Se sienta y se levanta)**. Pero usted tendrá que irse para su oficina. Porque usted debe ser puntualísima. ¡Un Reloj! ... ¡Un reloj! No sé quién que fue su compañero de oficina que me estuvo hablando primores de usted, primores, primores. ¡Que qué cumplimiento, que qué simpatía, que qué modestia, que qué actividad, que qué eficacia, que qué compañerismo, que no sé cuántas cosas más, que esto y que lo otro! Que una vez, cuando iban a cambiarla, todos dijeron: no. no. no, no no, no... Nos iríamos tras ella entonces...

SOLA. – Exageraciones. Pero siéntese.

PATROCINIO. – **(Se sienta de nuevo)**. Pues yo venía a esto, no?... **(Impulsiva, tomándole las manos a SOLA)**. ¡Ay, a que usted me ayude!

SOLA. – **(Desconcertada)**. ¿Yo?... ¿En qué?

PATROCINIO. – Comprendo que usted esté resentida conmigo. Reconozco que cuando vine la otra vez... Bueno: hay que reconocer que un hijo es un hijo, y que una madre es una madre. Esas cosas hay que verlas por muchos aspectos: el del hijo, el de la madre, el de usted misma... Se pierde el sentido... No es que yo dudara de que usted fuera una muchacha primorosa.

SOLA. – Gracias, señora.

PATROCINIO. – Ah, eso sí: primorosa, primorosa. No es adulación, sino la verdad, la pura verdad, la pura y neta verdad. No lo digo sólo yo. Todo el que tenga que ver con usted. Por eso cuando me resolví a venir... Pero vamos a lo que he venido... ¡Tiene que ayudarme!... Usted sabe lo que nos está sucediendo... ¡No, no, no no, qué horror, qué horror! **(Se tapa la cara)**. Han empezado a insultar a Federico por la prensa. ¡A mi marido, figúrese usted! A él que no se mete con nadie, que no le hace daño a nadie, que no habla mal de nadie... Se atreven hasta a sugerir que... Que ¿que es un ladrón, figúrese. ¡Ladrón mi marido! ¿Puede usted creer semejante cosa?

SOLA. – Pues... No me explico.

PATROCINIO. – —¡Sí; es inexplicable, inconcebible!... Y por eso vengo a que usted me ayude.

SOLA. – Si me es posible...

PATROCINIO. – Hablando en confianza... se trata de un favor tan sencillo... Bueno: muy en confianza, y aquí entre nos... (**Bajando la voz**). El hizo con Félix C. Rutchi algunos negocios que... No es él el único... y además, eso no es pecado. Sacar partido del gobierno cuando se puede, no es pecado. ¡Hay tantos que lo hacen, que lo han hecho siempre! ¿Por qué ha de ser Federico el único que pague el pato?

SOLA. – Pero... ¿Qué tengo yo que ver con el gobierno?... Soy una simple mecanógrafa, sin voz ni voto.

PATROCINIO. – El asunto se está volviendo Vox-Pópuli, piense usted: Vox Pópuli... Y eso es una infamia. Fui donde C. Rutchi, y él me dijo que el asunto no tenía importancia si aparecían unos papeles que su hermana había extraviado... sin culpa, naturalmente... Y que ella podría encontrar... Se lo agradeceríamos en todas las formas imaginables... A propósito: ¡Cómo está de linda, no? ...Y de elegante, no no, no... Es un primor. Es lo que yo llamo un primor, un verdadero primor.... De ella también dicen prodigios.

SOLA. – Ella ya no trabaja ahí.

PATROCINIO. – Lo sé, lo sé... Pero estoy segura de que si usted habla con ella; que si usted le ruega que nos haga ese favor, ese inmenso favor...

SOLA. – Se lo pediré con mucho gusto.

PATROCINIO. – Ayúdeme, sí. Piense que tengo encima no sólo este tormento, sino el de ese muchacho, que se ha vuelto... Todo lo que le diga es poco para pintarle cómo se ha vuelto. ¡Es mi cruz! (**Trata de llorar**). No para en la casa, no quiere estudiar, no quiere trabajar. Borracho se me presentó anoche, diciéndome que era un desgraciado y que yo tenía la culpa. ¡Piense usted! ¡Mía la culpa! ¡Usted, que me conoce, que me ha oído, que me ha comprendido!... ¡Ay, qué desgracia, señorita! (**Llora**). ¡Desgracia por todos lados! ¡Si usted me le hablara! ¡Si usted me lo aconsejara!... (**Impulsiva**). ¡Yo se lo voy a mandar!

SOLA. – No sabría qué decirle...

PATROCINIO. – Sí, se lo voy a mandar, se lo voy a mandar... Es que he acabado por creer que usted puede encaminarlo mejor que yo... Como tuvieron... como fueron... Como... Como... En fin: aunque no haya nada entre los dos... y mejor así, porque no hay como la imparcialidad... Voy a mandárselo. Quiero que hable con usted... Que hable con usted... Y que usted me haga el gran favor de hablar con su hermanita...Y que su hermanita nos haga el favor de resolvernos ese

problema....

SOLA. – Pues...

PATROCINIO. – ¿Ve usted? ¿Se convence cómo tienen razón todos los que hablan primores de usted?... (**Se pone en pie**). Yo se lo mando ahora mismo, ahora mismo... ¡Ah, pero usted se irá para la oficina! ¡Y como dicen que es tan puntual, tan estricta! ¿Lo mando a la oficina?... ¿O le da usted una cita en cualquier parte?

SOLA. – Envíelo aquí, señora. Lo esperaré aquí con mucho gusto.

PATROCINIO. – Sí, voy, voy... ¡Hasta luego, y tan agradecida!... ¡Tan agradecida por adelantado! Es que no hay como tratar con gente. ¡Y ustedes son gente!... Yo se lo mando ahora mismo. Se lo mando con cualquier pretexto, (**en sordina**).... Y lo de su hermanita, no se le olvide...

SOLA. – Si quiere usted hablar con ella...

PATROCINIO. – No. Es mejor que hable usted. Dejo todo en sus manos. Tengo en usted una confianza ciega... No se moleste en acompañarme... Yo puedo salir sola...

(**Sale PATROCINIO,.. SOLA se dirige al extremo opuesto**).

SOLA. – ¡Silvia!... ¡Silvia!

(**Entra SILVIA**).

SILVIA. – Ya sé lo que vas a decirme.

SOLA. – ¿Estabas oyendo?

SILVIA. – No perdí una sílaba.

SOLA. – ¡Se me puso!

SILVIA. – ¡Estuve a punto de salir y decirle a esa mujer cuatro frescas... ¡Lo que se merece!

SOLA. – Me habrías hecho pasar una vergüenza.

SILVIA. – Y no quiero verla aquí otra vez. Como vuelva, se le van a atragantar todas sus amabilidades... Y si se desmaya otra vez, le hecho tánax.

SOLA. – ¿Con qué objeto?

SILVIA. – Y a ese majadero, no lo recibas aquí.

SOLA. – (**Cohibida**). ¿Por qué no?

SILVIA. – Ante todo, porque es un majadero; y luego... ¿Pero no te das cuenta?

SOLA. – No... No...

SILVIA. – Eres un alma de Dios. ¿No comprendes que si esa mujer pudiera nos comería vivas?...

SOLA. – ¿No viste cómo estaba de amable?

SILVIA. – Porque sabe que está en mis manos.

SOLA. – ¿Entonces... esos papeles de que habla, son asunto grave?

SILVIA. – Cuando yo los publique... Se puede ir mucha gente a la cárcel.

SOLA. – (**Aterrada**). ¡No hagas eso, Silvia!

SILVIA. – ¡Ah, te convencieron!

SOLA. – ¡Te lo pido por lo que más quieras!

SILVIA. – Sigues enamorada, por lo visto.

SOLA. – Lo quiero, sí. Vas a ir contra mí.

SILVIA. – ¡Pero si es un infeliz!

SOLA. – Sea lo que sea, lo quiero.

SILVIA. – Si te casas con ese tonto, tendrás que trabajar para mantenerlo.

SOLA. – No me importaría.

SILVIA. – Y si te lo manda ahora, es para hacernos un chantaje.

SOLA. – No me importa. ¿Y qué? Me interesa volverlo a ver. No puedo olvidarlo. Eso es todo.

SILVIA. – No tienes remedio.

SOLA. – Silvia: prométeme que no harás nada contra esa gente. Sería lo mismo que ir contra mí.

SILVIA. – Me doy por vencida. El es un idiota, pero la mamá es un genio. Nos adivinó el lado flaco.

SOLA. – Dame esos papeles, Silvia.

SILVIA. – ¿Estás loca?... Tanto allá no. Te prometo no publicarlos; ¿pero entregarlos?... ¡Nunca! Los quiero más que a un árbol genealógico, porque nos volvieron de buena familia... Además, si esa mujer va a ser tu suegra, hay que estar siempre armados...

(**Entra RUDECINDO con el periódico**).

RUDECINDO. – ¿Se fue ya?

SOLA. – Sí, papá.

RUDECINDO. – ¿No hay peligro de que regrese?

SILVIA. – ¡Qué no lo intente!

RUDECINDO. – ¿Puedo ahora sí leer tranquilamente el periódico?

SILVIA. – Sí, papá.

SOLA. – ¿Te traigo un cojín?

RUDECINDO. – Como quieras. (**Abre el periódico**).

SOLA. – Voy a traértelo.

(**Sale SOLA a toda prisa**).

SILVIA. – ¡Parece mentira! ¿Pero qué es lo que le encuentra ella a ese idiota?

RUDECINDO. – Eso... Precisamente eso: que es un idiota. Se haría matar por él. Hay mujeres así.

(**Entra OSCAR**).

OSCAR. – Papá: ¿me pusiste la carta en el correo?

RUDECINDO. – (**Soltando el periódico**). ¡De veras! ¡Se me había olvidado!

OSCAR. – (**Severo**). ¡Pero papá!

(**Entra SOLA**).

SOLA. – Aquí está tu cojín.

SILVIA. – Déjelo tranquilo. Mande a la sirvienta. O vaya usted mismo.

RUDECINDO. – Yo tengo mucho gusto... Algo he de hacer al fin y al cabo... Me conviene además la caminadita... Y leo en el parque.

(*Sale RUDECINDO hacia la calle*).

SOLA- (*A OSCAR*). Desconsiderado... (*A RUDECINDO*). ¿Te acompaño hasta la esquina, papá?

(*Sale SOLA tras él*).

OSCAR. – ¿No han venido a buscarme?... ¿No han venido a buscarme?... ¡Qué si no han venido a buscarme, pregunto!

SILVIA. – (*Brusca*). ¡Qué voy a saber yo!

OSCAR. – Usted nunca sabe nada... ni siquiera tener un poco de orden.

SILVIA. – No, no, no... Regañitos a mí no. Eche la bola para otro lado.

OSCAR. – Es desesperante, que traigan al salón las almohadas de las sirvientas; que lleguen de la calle, y hayan de botar el sombrero y la cartera sobre los asientos. Tengo ahora aquí una reunión de deportistas y...

SILVIA. – Yo pongo mi sombrero y mi cartera donde me dé la realísima gana, y usted no tiene por qué venirme a enseñar orden, ¿oyé?

OSCAR. – Tengo por qué exigir que la casa esté decente. Para eso pago arriendo.

SILVIA. – Yo pago más que usted. De manera que una silla para mi sombrero, otra para mi cartera, otra para mí abrigo, otra para mí y lo que sobre para sus hinchas.

OSCAR. – ¡No sea insolente!

(*Entra PEPA aterrada*).

PEPA. – ¿Qué sucede, por Dios, muchachos? ... ¿Alegando otra vez?

SILVIA. – No tengo por qué aguantarle a ese piernícola.

OSCAR. – Ni yo a esa fosfa. Si ella es la que ha de mandar aquí, me voy de la casa... Y busquen quien ayude a los gastos.

PEPA. – ¡No faltaba más, sino que después de habernos metido en el lío de tomar esta casa, nos dejes enganchados!... ¡Bien lo advertí, que iba a ser para molestias!

SILVIA. – Que se largue, mamá. No me asusta. Yo pago todo... Todo, menos lo que él se coma.

OSCAR. – Me largo de una vez por todas. Aquí la vida es imposible .

SILVIA. – ¡Ponga casa aparte!... ¡Con la Chona, con la Tuty, con la Tutifruti!

PEPA. – ¡Pero mijito... mijita... mijito!... ¡Escúchenme!...

OSCAR. – Y no es solo por ella. Voy a ponerme una camisa, está sin botones... Voy a ponerme unas medias y están rotas. Voy a ponerme un vestido y está sin planchar.

PEPA. – Voy a planchártelo.

SILVIA. – Con mamá no se meta. A ella respétela... Y a papá no me lo pone más a hacer mandados... Y ahora mismo me devuelve los doscientos pesos que le presté.

PEPA. – ¡Muchachos, muchachos, por María Santísima! ¡Sola: ayúdame a calmarlos!...

(SILVIA y OSCAR se van a las manos).

SILVIA. – Déjame... Vamos a ver quien gana este clásico.

PEPA. – **(Interponiéndose)**. No, no... Vete, Oscar... Y tú, Silvia, ven para acá.

OSCAR. – ¡Maldita sea!... Esto no es más que un infierno chiquito.

(OSCAR sale hacia la calle; PEPA y SILVIA por el otro lado. La casa permanece sola un momento. Luego entran de la calle SOLA y VICENTE).

SOLA. – Sigue, Vicente...

VICENTE. – **(Abalanzándosele)**. ¡Solita!... ¡Solita!

SOLA. – ¡Uy! Vienes con demasiados ímpetus.

VICENTE. – Es que... te traigo una gran noticia.

SOLA. – Dímela.

VICENTE. – Papá y mamá consienten... Quieren que te lleve a casa, y después nos mandan a Estados Unidos

SOLA. – No me entusiasma.

VICENTE. – ¿Por qué?

SOLA. – Por muchas razones...

VICENTE. – Dime: ¿es cierto que tienes novio?...

SOLA. – He tenido varios; pero hoy estoy vacante... Llegas en el momento oportuno...

VICENTE. – Sólita: ¡no puedo vivir sin ti!

SOLA. – ¡Ni yo sin tí, bobo!

VICENTE. – Sólita... Solita...

(Entra PEPA).

PEPA. – Mijita: ¡ahí está el señor Serruchi .

VICENTE. – Doña Pepa...

PEPA. – ¡Hola, Vicentico!... **(A SOLA)**. ¿Lo atiendes?

SOLA. – Yo no... Vamos al jardín, Vicente.

PEPA. – Avísale entonces a Silvia... No me dejen ahora engrampada, sin tener ni de qué hablarle.

(Salen por la izquierda SOLA y VICENTE por la derecha entra FELIX).

FELIX. – ¡Mi señora!... ¡Oh!

PEPA. – Siga, señor Serrucho.

FELIX. – Rutchi, señora. Muchas gracias.

PEPA. – ¿Qué milagro verle por acá?

FELIX. – Por tener el gusto de verlos...

(Pausa embarazosa).

PEPA. – Pero... siéntese.

FELIX. – Gracias, gracias. **(Pausa)**. Y... ¿Todos bien?

PEPA. – A Dios gracias.

FELIX. – ¡Cómo no!

(Otra pausa).

PEPA. –... ¿Mucho frío en estos días, no?

FELIX. – ¡Cómo no!

PEPA. – Así es.

FELIX. – Por fortuna ha dejado de llover.

PEPA. – A Dios gracias.

FELIX. – ¡Cómo no!

(**Pausa**).

PEPA. – ¿Y la situación cada día peor, no?

FELIX. – Así es.

PEPA. – Todo sigue subiendo. No sé a dónde iremos a parar.

FÉLIX. – Verdaderamente... ¡Cómo no!

(**Entra SILVIA**).

SILVIA – Me sorprende

PEPA – (**A Silvia**). Ahí te lo dejo.

(**PEPA se va discretamente**).

FELIX. – ¿No me esperabas?

SILVIA. – No.

FELIX. – Vacilé mucho antes de venir.

SILVIA. – Hiciste bien en vacilar... Y mal en venir.

FELIX. – (**Risueño**). ¡Eres incorregible!

SILVIA. – ¿Qué se te ofrece? La audiencia es corta.

FELIX. – ¡Ante todo, mis felicitaciones!

SILVIA. – ¿Por qué?

FELIX. – Por lo de tu papá.

SILVIA. – ¿Qué es lo de papá?

FELIX. – ¿No sabes todavía?

SILVIA. – No.

FELIX. – (**Le muestra el periódico**). Está de candidato para un gran puesto.

SILVIA. – ¡Ah, sí?

FELIX. – ¡Nada menos que para Zar de Precios!

SILVIA. – ¡Papa!... ¡No!... ¡Le va a dar vértigo!

FELIX. El asunto está casi resuelto, Y como yo puedo mover algunos resortes que influirán definitivamente en pro o en contra, quería saber ante todo si él está interesado.

SILVIA. – ¿**A eso se debe tu visita?**... Comienzo a comprender.

FELIX. – Quería aprovechar además la oportunidad para pedirte un favor.

SILVIA. – ¿También?

FELIX. – ¿Te sería fastidioso pasar por la oficina y ayudarme a localizar en el archivo unos papeles que se han extraviado?

SILVIA. – ¡Fastidiosísimo!

FELIX. – Los necesito con suma urgencia... Y hasta he llegado a sospechar que tú los refundiste por fastidiarme.

SILVIA. – ¡En qué mal concepto me tienes!

FELIX. – Si los localizas, me evitas un perjuicio tan grande que... Te haría un buen regalo.

SILVIA. – ¡Qué generosidad!

FELIX. – ¿Te parecería mal un año de sueldo... Por media hora de trabajo?

SILVIA. – Entonces... Esos papeles son de vida o muerte...

FELIX. – Silvia: déjate de chiquilladas. ¡Tú sabes donde están... Sólo tú manejabas ese archivo... Vuelve a la oficina, Silvia.

SILVIA. – ¿Por media hora?

FELIX. – Del todo otra vez. Venía también a suplicártelo. Allá ya no se puede prescindir de ti. Nos has dejado un gran desconcierto,

SILVIA. – Ya no iría entonces de consejera, sino de organizadora...

FELIX. – Reconozco que procedí mal contigo; pero te prometo que si ahora vuelves serás la mujer más respetada... Te asociaré al negocio.

SILVIA. – Aja...

FELIX. – Seré para ti como un hermano,

SILVIA. – ¿Un hermano?... ¡Más bien un tío!

FELIX. – Te hablo muy en serio.

SILVIA. – Si tú visita no tenía más motivo que esos, ha terminado la audiencia. Ni a papá le interesa tu influencia, ni sé de esos papeles, ni vuelvo a tu oficina... ¡Y esa es la puerta!

FELIX. – Silvia: ¡sé humana!

SILVIA. – ¡Soy la más humana de las secretarias!...

FELIX. – ¡Claro! ¡Ya no me necesitas! No he sido para ti sino un trampolín.

SILVIA. – ¡De los más peligrosos!

FELIX. – Me aturdiste con tu coquetería buscando fríamente la oportunidad de medrar.

SILVIA. – Ni más ni menos, ¡Pero qué exacto! ¡Pero qué psicólogo!

FELIX. – Silvia: ablándate...

SILVIA. – (***Fingiendo blandura material***). ¡Ya está!

FELIX. – Silvia: tengo algo más qué decirte.

SILVIA. – ¿Qué será?

FELIX. – ¡Que te quiero!

SILVIA. – ¡Uuy! Eso es historia antigua.

FELIX. – Esperaba verte de nuevo a mi lado, en la oficina, para decirte... Lo que te diré de una vez: ¿quieres que nos casemos?

SILVIA. – ¿Con un hombre casado?... ¿Y luego eso no está prohibido en este país?

FELIX. – Mi mujer murió...

SILVIA. – ¡Mis felicitaciones!... Digo. ¡Perdón... Mi más sentido pésame. ¡Ay! Qué bruta.... Pero como me hablabas tan mal de ella, en el primer momento pensé que eras tú el que había pasado a mejor vida.

FELIX. – He venido, pues, a ofrecértelo todo... Mi cariño, mi nombre, mi... Mi... Mi...

SILVIA. – ¡Qué prodigalidad! ¡Me abrumas!... Pero si de amor se trata, no te quiero. ¡Ni esto! Y en cuanto a negocios, con todo lo que aprendí ya a tu lado y el cargo que le van a dar a papá, puedo montar oficina por mi cuenta.

FELIX. – Dame entonces esos papeles... Y fíjales precio.

SILVIA. – ¡Y vuelta a las mismas.... Si los tuviera, serían inapreciables. No te haría con ellos ningún mal... Pero tampoco los devolvería; porque lo único que deseo guardar de ti es... Un buen recuerdo.

(Entra RUDECINDO como loco, batiendo el periódico).

RUDECINDO. – ¡Pepa!... ¡Pepa!... ¡Pronto!... ¡Aquí! **(Cae en una silla, asfixiándose).**

SILVIA. – ¿Qué te pasa, papacito?

RUDECINDO. – Me ahogo... ¡Pepa!

(Entra PEPA, alarmadísima).

PEPA. – ¿Qué fue, mijito?... ¿Qué tienes?

RUDECINDO. – ¡Lee!... ¡Lee aquí!

PEPA. – **(Leyendo).** ¡Renuncia el Zar de Precios!

RUDECINDO. – Mas abajo... más abajo... Ahí... Esos números.

SILVIA. – ¿Estos?... Tres... Cuatro... Cinco... Ocho... Siete.

RUDECINDO. – **(Dándole el billete).** ¡Y ahora aquí!

SILVIA. – . – Tres, cuatro, cinco, ocho...

RUDECINDO. – ¿Ocho qué?

PEPA. – ¡Siete!

RUDECINDO. – No he visto mal entonces... ¡Mijita! ¡Pepa!... ¡Me la saqué!

PEPA. – ¿La lotería?

RUDECINDO. – El billete que me trajo Sola... ¡Los quinientos mil!... ¡Al fin!... ¡Un vaso de agua!

FELIX. – Entonces, dobles felicitaciones, don Rudecindo; porque...

RUDECINDO. – ¿Dónde está mi hija? ... ¿Dónde está Sola?... ¡Sola!... ¡Sola!

(**Entra SOLA asustada**).

SOLA. – ¿Qué fue, papá?

RUDECINDO. – Déjame que te abrace, que te bese, que te alce... ¡Nos la sacamos!... ¡La lotería!... ¡Nos la sacamos!

FELIX. – Y le van a nombrar Zar de Precios, por añadidura, don Rudecindo.

RUDECINDO. – ¿A mí?... ¿Zar, ha dicho usted?...

FELIX. – ¡Pero si lo dicen ahí también!... (**Le muestra el sitio, en el periódico**).

RUDECINDO. – ¿Lo ves, Pepa? Cuando me viene la de buenas, es un huracán... ¡No solo salgo de apuros, sino que puedo ahora poner en apuros a todo el mundo!

(**Entra OSCAR**).

OSCAR. – Bueno: vengo por mis cosas... Me voy de aquí.

RUDECINDO. – ¿Qué te vas?... ¿Es la misma amenaza de todos los días? ¡Que esta vez sea cierto!

OSCAR. – Y que busquen quien les ayude a sostener la caña.

RUDECINDO. – ¡No me asustas!... ¡Fuera de aquí!... ¡Cobarde! ... ¡Desagradecido!... (**Lo sacude**).

OSCAR. – ¡Suéltame, papá!

RUDECINDO. – ¡Te suelto cuando se me antoje; porque desde hoy aquí mando yo... Y grito yo... Y la casa la compro yo... ¡Y si quieres vivir en ella me pagas arriendo, por el doble de lo que autorice el control.... Y si no te gusta, te demuestro que también puedo dar puntapiés.

OSCAR. – (**Acobardado**). Está bien, papá...

RUDECINDO. – (**A FELIX**). Y usted, señor...

(**OSCAR sale poco a poco**).

PEPA. – ¿No lo reconoces?... ¡Es el antiguo jefe de Silvia!

FELIX. – Venía precisamente a...

RUDECINDO. – Usted también: a la calle... ¡Sin más explicaciones.....

SILVIA. – Lo acompaño hasta la verja.

RUDECINDO. – No. Tú te vas para adentro... ¡Definitivamente! No me pongas ninguna objeción...

(*FELIX sale muy cohibido*).

RUDECINDO. – Vuelvo a mandar como antes. ¡En mi hogar a la antigua! ¡Donde yo sea el jefe! ¡Donde su madre sea un culto! ¡Y mis hijas el tesoro que por desgracia ya no se defiende con sangre, sino con dinero... Con dinero...

SOLA. – ¡No grites tanto!

RUDECINDO. – ¿Por qué?... ¿Por qué no he de gritar en mi casa?

SOLA. – Porque hay visita.

RUDECINDO. – ¿Visita? ¿Quién más está ahí?

SOLA. – Vicente...

RUDECINDO. – ¿Vicente?... ¿Dónde? ... Muchacho: ven acá.

(*Entra VICENTE*).

VICENTE. – Mande, don Rudecindo...

RUDECINDO. – Ahora soy yo el que controla tu asunto. ¡Tú te casas! Ve donde tu mamá y dile que... Que es orden del Zar.

PEPA. – ¡Pero si no te ha llegado el nombramiento!

SILVIA. – Pero le llega. ¿Cuánto apostamos?

RUDECINDO. – Oscar se larga, Sola se casa, Silvia se emplea conmigo, aunque digan que eso es nepotismo.... Y en seguida baja la leche, baja la carne, bajan los huevos, baja todo...

SILVIA. – ¿Y la oferta y la demanda, papá?

RUDECINDO. – ¿La oferta y la demanda?... ¡A esas las destituyo.... ¡Aunque me maten a las veinticuatro horas!

TELON